

Dos contrastes

“No os toca a vosotros saber los tiempos y las sazones, que el Padre puso en su sola potestad”, respondió nuestro Señor a sus inquietos discípulos, cuando se aprestaba a dejar este escenario terrenal.

Hemos llegado a un nuevo año, sin saber todavía cuando llegará el día y la hora en que una nueva y soberana intervención divina cambie el rumbo de la historia humana.

Mientras preparábamos esta edición, el mundo entero fue conmovido por acontecimientos violentos. Paralelamente, en la intimidad, lejos del tumulto, el Espíritu Santo habla al pueblo del Señor, acerca de la gracia y de la verdad, del Espíritu en oposición a la carne, de no contristar al bendito Consolador, sino de dejarse conducir por él, de adorar al Señor con sabiduría e inteligencia, y de permanecer en la esperanza bienaventurada de la manifestación gloriosa (y visible al mundo entero) de nuestro amado Redentor.

Dos grandes contrastes: *“Entonces habrá ... en la tierra angustia de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas (crisis sociales, migraciones, guerras, hambrunas, sequías, etc.); desfalleciendo los hombres por el temor (¿terrorismo?) y la expectación de las cosas que sobrevendrán en la tierra”* (Luc. 21:25-26, palabras de Jesús). Y por otro lado, un pueblo que se prepara, que se santifica, que pone su oído atento a lo que su Dios le habla al corazón, esperando, porque escrito está: *“He aquí un poquito, y el que ha de venir vendrá, y no tardará”* (Heb. 10:37).

El arco en las nubes

Cuando la fe ve el arco en las nubes, adora al Salvador que está sentado a la diestra de Dios.

Henry Law

"Mi arco he puesto en las nubes..." (Gén. 19:13).

El arco iris posee una belleza que todo ojo puede percibir. La tierra se alegra cuando recibe su visita avivadora desde los ventanales de la tormenta, y sus suaves matices anuncian que las tinieblas han pasado. Llega hasta las nubes, como el heraldo de la claridad que retorna. Su forma noble, y la variedad y distinción de sus colores, sobrepasan toda alabanza. Con admiración, debemos confesar que ensalza dignamente a su poderoso Hacedor.

Dios ha escrito el libro de la naturaleza, y cada línea es una lección santificante. El espíritu iluminado canta: *«Grandes son las obras de Jehová, buscadas de todos los que las quieren»*.

Agradecimiento

Pero la luz brillante del arco iris va más allá de enseñar que Dios planea con sabiduría y actúa con gran poten-

cia. Para comprender su significado especial debemos considerar su origen. Retrocedamos, pues, y recordemos aquella primera ocasión en que despertó el agradecimiento de Noé.

Por fin podía poner los pies otra vez en tierra firme, pero el ruido de los torrentes desbordados resonaba aún en sus oídos, y su vista seguía percibiendo la extensa desolación del paisaje. ¿Volvería a suceder de nuevo? Cada nube parecía amenazar al mundo con una catástrofe final. Cada gota podía abrir las compuertas de otro diluvio. Sí, su pecho albergaba tales temores, y el miedo le atormentaba.

Dejemos al meditabundo patriarca y fijémonos en nuestro Dios. Su ternura, piedad y compasión son gloriosas; él guarda a su pueblo con gran celo. Su misericordioso deseo es que éste repose con paz perfecta, y nos invita a que bebamos de las aguas tranquilas de un amor fiel. Su deseo es que

cada sopro de la brisa nos traiga renovado gozo, y que cada sombra nos cubra con su ala protectora.

Pero, ¿cómo calmará el Señor la ansiedad de Noé? Una palabra, una promesa del cielo, bastaría. Pero Dios multiplica, no solo el perdón, sino también la seguridad. Cuando su palabra brota, lo hace con un sello permanente y revelador. Por ello, hace surgir una nueva maravilla de aquellas nubes. Es un chorro sonriente que asegura a la tierra que las aguas ya no tienen autoridad para destruir.

¿Qué es esta maravilla? Un arco que abraza el firmamento. En ese pergamino de luces multicolores se puede leer: Ahora las tormentas descargarán fertilidad; se desencadenarán, no para herir, sino para bendecir.

¿Cómo se ha formado esta maravilla? Las obras de Jehová son sublimes por su simplicidad. EL sol observa desde atrás, y sus rayos entran en las gotas que descienden de las nubes. Luego llegan al ojo divididos en muchos colores que han dibujado un arco sobre un fondo iluminado.

El cielo seca las lágrimas de la tierra, y su bóveda parece repetir: *«¡Gloria a Dios en las alturas, y en la tierra paz, buena voluntad para con los hombres!»*. Por lo tanto, el arco es mucho más que una evidencia del poder y habilidad de Dios. Es el sello reluciente de su brazo protector; es

la marca dorada con que ratifica el pacto: *«Y no habrá más diluvio de aguas para destruir toda carne»*.

Un pacto

Pero la fe mira más allá. Siempre procura percibir la imagen de su amado Señor, porque ha aprendido la gran lección de que toda la naturaleza refleja la belleza y gloria de Jesús. También ha leído el testimonio que afirma que él es la *«luz verdadera»*, *«el verdadero pan»*, y *«la vid verdadera»*. Por esta razón, pregunta con prontitud: ¿No es él, entonces, el «testigo fiel en el cielo?».

Mientras la fe espera para oír la música evangélica del arco iris, resuenan claramente estas palabras: *«Por un breve momento te abandoné, pero te recogeré con grandes misericordias. Con un poco de ira escondí mi rostro de ti por un momento; pero con misericordia eterna tendré compasión de ti, dijo Jehová tu Redentor. Porque esto me será como en los días de Noé,*

Cuando nubes negrísimas se ciernen sobre nosotros, el Sol de Justicia, que no está oculto ni eclipsado, envía su sonrisa, convirtiendo las gotas en un arco iris de paz.

cuando juré que nunca más las aguas de Noé pasarían sobre la tierra; así he jurado que no me enojaré contra ti, ni te reñiré. Porque los montes se moverán, y los collados temblarán, pero no se apartará de ti mi misericordia, ni el pacto de paz se quebrantará, dijo Jehová, el que tiene misericordia de ti» (Is. 54:7-10).

Aquí está revelada la gran profundidad del amor de Dios. Del mismo modo que el diluvio cubrió las más altas montañas, así también esta certeza sobrepasa las cimas de la vacilación y la duda. El pacto de Noé queda así contrastado con el pacto de Jesús. El Dios que promete detener las aguas representa al Dios que ha jurado salvación hasta el fin.

La tierra a salvo de ser destruida por las aguas, es la iglesia libre de toda ira. Pero si la seguridad de la primera estaba impresa en el firmamento, la de la segunda está en un sello de perpetuidad indeleble: Jesús exaltado en la gloria celestial. Y cuando la fe ve el arco en las nubes, adora al Salvador que está sentado a la diestra de Dios.

Emblema de gracia y verdad

Pero esto no es todo. El mismo arco que brilla alegre en las primeras páginas de la Biblia, continúa con el mismo fulgor hasta el fin. En Apocalipsis leemos que Juan estaba en el Espíritu. Vio ante él una puerta abierta en el cielo y, he aquí, había un tro-

no establecido en él. ¿Y qué es lo que lo rodeaba? En Apocalipsis 4:3 leemos que era un arco iris.

Al proseguir la visión, también vio descender del cielo a un ángel fuerte, envuelto en una nube, con el arco iris sobre su cabeza (Apoc. 10:1). Veamos así que, en la plenitud del Evangelio, se sigue eligiendo al arco iris como emblema de la gracia y la verdad que vinieron por Jesucristo.

¿Cómo podremos agradecer bastante esta perla añadida a nuestra ya repleta diadema de consolaciones? Ahora, podemos buscar nuestro arco iris en las tormentas amenazadoras. No siempre es visible en el mundo natural, pero siempre brilla en el mundo de la gracia. Cuando nubes negrísimas se ciernen sobre nosotros, el Sol de Justicia, que no está oculto ni eclipsado, envía su sonrisa, convirtiendo las gotas en un arco iris de paz.

Ilustremos esto con algunos ejemplos de la vida diaria. En nuestro viajar por este desierto, el horizonte se oscurece, con frecuencia, con tempestades tales como la acusación de la conciencia, la ausencia de paz, las dudas, las dificultades y los problemas. Pero, tras esta cortina tenebrosa, el arco iris irradia con todo su poder.

¡Qué triste es el día en que la conciencia empieza a descargar sus golpes despiadados! Los espectros de los pecados cometidos se alzan ante no-

sotros. Una triste procesión de iniquidades pasadas sale de sus tumbas y nos aterroriza con sus formas imprecisas, anunciando que la muerte eterna es su salario. Tan grande es el temor, que nos parece que la luz de la vida ya no existe.

El gozo retorna

¿Puede haber esperanza cuando los pecados han sido tantos, y cometidos con pleno conocimiento? ¿Puede haber esperanza después de tan tierno perdón y curación tan misericordiosa? ¡Cómo aturde el rugido de esta tempestad! Pero, en medio de ella, la fe mira hacia arriba, y ve a Jesús, con los brazos extendidos, ante el trono de Dios. Hay un arco iris sobre su cabeza, y sus brillantes colores parecen escribir: «Padre, perdónalos». «La sangre de Jesucristo su Hijo nos limpia de todo pecado». La oscuridad desaparece y el gozo retorna.

La ausencia de paz también es una nube cargada. El sendero del creyente está lleno de angustias espirituales. Si hoy descansa con gozo en las laderas soleadas del Evangelio, mañana se aterroriza ante los truenos del Sinaí. David se sienta hoy en el primer lugar del banquete real, pero mañana será un fugitivo en la cueva de Adulam. La iglesia se regocija ahora en la voz del Amado que llama diciendo: «Ábreme». Pero pronto se lamenta: «Lo busqué, y no lo hallé».

No puedo detenerme a investigar las causas de estas anomalías, pero, con toda certeza, la culpa está en nuestro corazón. La paz gime si se es indulgente con el pecado; la comunión celestial se interrumpe cuando se descuidan los medios santificantes. Sin embargo, el arco iris de esperanza que corona la cabeza del Redentor aparece en esas horas áridas y proclama: «*Jesucristo es el mismo ayer, y hoy, y por los siglos*». «*Porque yo Jehová no cambio; por esto, hijos de Jacob, no habéis sido consumidos. Nunca te dejaré ni te abandonaré*». Una vez más, las tinieblas se desvanecen y la claridad del gozo retorna.

Brillo y fortaleza

Los problemas se nos presentan, con frecuencia, como una masa de nubes. El peregrino quisiera subir al monte de Sión, pero a ambos lados se alzan rocas inescalables; el mar se extiende delante y los egipcios acosan por detrás. Como aquellos leprosos de Samaria, exclama: «*Si tratáremos de entrar en la ciudad, por el hambre que hay en la ciudad moriremos en ella; y si nos quedamos aquí, también moriremos*» (2 Reyes 7:4). Cree encontrarse en la misma angustia de David, a quien el enemigo había dejado amargado y los amigos querían apedrear (1 Sam. 30:6). Pero mira a Jesús, y el Arco resplandece. «*El testigo fiel y verdadero*» te anima a continuar, diciendo: «*Éste es el camino,*

andad por él». «Te haré entender y te enseñaré el camino en que debes andar; sobre ti fijaré mis ojos».

También las dificultades nos oprimen a menudo, y el creyente parece hundirse bajo su peso. Moisés sentía esto, cuando dijo: *«¿Quién soy yo para que vaya a Faraón, y saque de Egipto a los hijos de Israel?»*. Pero, en esta nube, había un arco que brilló con esta promesa: *«Ve, porque yo estaré contigo»*. Y Moisés fue y triunfó.

Las mujeres que fueron al sepulcro caminaban preocupadas: *«¿Quién nos removerá la piedra de la entrada?»*. Avanzando, vieron brillar el arco iris de aquella nube, hallando que la piedra ya no estaba. Pablo tembló cuando compareció solo ante el tirano y su corte. Pero también allí hubo un arco que le fortaleció: *«En mi primera defensa ninguno estuvo a mi lado, sino que todos me desampararon... Pero el Señor estuvo a mi lado y me dio fuerzas... Así fui librado de la boca del león»*.

¿No te ha llamado Dios, como a Noé, para que entres en el arca de salvación? Si es así, como Noé, puedes también entrever el arco iris en todas tus pruebas y desalientos. Avanza sin desmayar, confiando en el pacto de gracia, porque nada podrá separarnos del amor de Dios que es en Cristo Jesús. Si crees que las aguas ya no pueden volver a destruir la tierra, debes creer también que ni Satanás

ni el pecado pueden arrastrarte a la perdición.

Tu vida está escondida con Cristo en Dios. El Dios eterno es el bastión que te protege, y Cristo te rodea con sus brazos. En tanto que Dios sea Dios, y más poderoso que Satanás, estás a salvo. En tanto que Cristo sea el Cristo todo suficiente para redimir, estás a salvo. Satanás no puede arrancar el arco de las nubes, no puede tocar el trono de Jesús.

¿Acaso no alaban la belleza del arco iris aun los incrédulos? Por desgracia, para ellos, el arco iris no es un heraldo de paz. Es cierto que anuncia que Dios es amor y verdad, pero un amor rechazado no es un buen amigo, y una verdad despreciada es un enemigo despiadado. Cuando el cielo se oscurezca, temblarán, porque la Verdad dice: *«Sobre los malos hará llover calamidades; fuego, azufre y viento abrasador»*. Que tiemblen cuando el arco brille, porque anuncia que Dios lo ha puesto como prueba de que su palabra es inquebrantable.

Miremos hacia arriba y hacia adelante. Aquí en la tierra no hay arco iris sin nubes o tempestades. Aquí solo vemos a Jesús con los ojos de la fe. Pero muy pronto veremos el resplandor del arco iris de su gloria. Y mientras lo contemplamos, seremos semejantes a él, porque le veremos tal como él es (1ª Juan 3:2).

De El Evangelio en Génesis.



Sujetando la naturaleza humana
bajo el gobierno del Espíritu Santo.

Sirviendo en espíritu

Rodrigo Abarca



Porque nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios y nos gloriamos en Cristo Jesús, no teniendo confianza en la carne".

– Flp. 3:3.

Una de las grandes virtudes del apóstol Pablo es que, en algunos pasajes, él logra resumir gran parte de la vida cristiana en un pequeño versículo. Aquí, hablando del servicio en la obra de Dios, vemos uno que contiene muchas riquezas, mucha verdad resumida.

La vida cristiana es una vida de unión con Cristo, en todos los aspectos de nuestra naturaleza humana: espíritu, alma y cuerpo. La obra de Dios en nosotros tiene un orden, que va desde adentro hacia afuera, partiendo desde el espíritu. Es tan profunda esa unión, que no es posible separarlos. En la obra que el Señor hace en nuestros corazones, a veces es imposible distinguir al Espíritu Santo del espíritu humano.

Espíritu y "espíritu"

«...los que en espíritu servimos». Podemos pensar que se refiere al espíritu humano. Y es cier-

to, la energía para el servicio tiene que brotar de nuestro espíritu. El espíritu debe ser el que gobierna. Pero esto ocurre porque el espíritu humano es el asiento del Espíritu de Dios. Por lo tanto, aquí está lógicamente implicado que el espíritu humano está unido al Espíritu Santo.

El Señor Jesús dijo: «*El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior correrán ríos de agua viva*» (Juan 7:38). De su interior, de lo más profundo, del espíritu humano. Pero esos ríos, ¿qué son? Dice el mismo escritor: «*Esto dijo del Espíritu Santo que habrían de recibir los que creyesen en él*» (v. 39). Del interior del hombre regenerado por el Espíritu, fluyen ríos de agua viva, para inundar todo nuestro ser, y no solo eso, sino para alcanzar y tocar a otros.

El espíritu humano es el punto de partida de la obra de Dios, cuyo propósito es formar a Cristo en nosotros. Esto comienza mediante la unión de nuestro espíritu con el Espíritu Santo, y continúa hacia el resto de nuestro ser. No solo es una vida de unión con Cristo en el espíritu, sino también en el alma.

¿Cómo el alma puede vivir una vida de unión con Cristo? Nuestra mente tiene que ser conformada a la mente de Cristo. Sus pensamientos, sus sentimientos y su voluntad tie-

nen que llegar a ser nuestros pensamientos, nuestros sentimientos y nuestra voluntad, de manera que la vida de Cristo también se convierta en la vida de nuestra alma.

Alma y cuerpo

Y no solo eso; también nuestro cuerpo tiene que llegar a ser la habitación, el vehículo, de la poderosa vida de Cristo. Pablo dice que aun nuestro cuerpo físico, por causa de esa unión, es miembro de Cristo, y como tal, tiene que experimentar también esa vida de unión con Cristo.

«*Todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida del Señor Jesucristo*» (1ª Tes. 5:23). Cristo es la vida de nuestro espíritu, pero también llegará a ser la vida de nuestra alma y aun de nuestros cuerpos. «*Y si el Espíritu de aquel que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros*» (Rom. 8:11).

Problema de origen

«*Porque nosotros somos la circuncisión*» (Flp. 3:3). Pablo alude a los judaizantes, que intentaban reintroducir el judaísmo en las iglesias gentiles, confundiendo a los hermanos. Ellos querían imponer a todos

la circuncisión, invalidando así la obra de Cristo y la obra del Espíritu Santo, haciendo que los creyentes volvieran atrás.

Pablo discierne más profundamente el asunto. No era solo regresar a la Ley; peor aún, era volver a la esclavitud de la carne. Por eso, él dice: *«Nosotros somos la circuncisión, los que en espíritu servimos a Dios»*. Es decir, el origen de nuestro servicio no está en nuestra capacidad natural, sino en el Espíritu de Dios.

«...y nos gloriamos en Cristo Jesús», es decir, no creemos ser nosotros la fuente de nuestra obra; porque el poder y la gracia están en el Espíritu, y por tanto, en Cristo. Él es la fuente de nuestro poder, nuestro servicio y nuestra vida.

Ámbitos excluyentes

«...no teniendo confianza en la carne». Para servir en espíritu, que es el lado positivo, hay un lado negativo: tener confianza en la carne. Estas dos cosas son mutuamente excluyentes, no pueden caminar juntas; si una está presente, la otra no lo está. Es imposible confiar en la carne y, a la vez, servir a Dios en espíritu. Pero, si servimos en espíritu, entonces no confiaremos en la carne. Veamos un poco más este aspecto de la vida cristiana.

«Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne» (Gál. 5:16). Aquí hay una pequeña dificultad, porque la versión Reina-Valera no da el significado exacto. Ésta dice que, por un lado, nos esforcemos por andar en el Espíritu; pero que, por otro lado, procuremos no satisfacer los deseos de la carne. Así, tendríamos una tarea doble.

Otra traducción más adecuada es: *«Andad en el Espíritu, y no satisfaceréis los deseos de la carne»*. Es decir, si tú te ocupas de andar en el Espíritu, él mismo se ocupará de la carne. No trates de mortificar tu carne, no de manera directa, porque nadie tiene poder para tratar con ella. Si lo intentas en tu propia fuerza, solo lograrás fortalecer la carne.

Pero, si nosotros nos ocupamos del espíritu, él mismo tratará con la carne. Carne y Espíritu son mutuamente excluyentes. *«Porque el deseo de la carne es contra el Espíritu, y el del Espíritu es contra la carne; y éstos se oponen entre sí, para que no hagáis lo que quisierais»* (v. 17). Es una oposición rotunda; no hay reconciliación posible entre ambos.

Cuando la carne está gobernando la vida, necesariamente, el Espíritu está fuera. La unción del Espíritu nunca desciende sobre la carne; él nunca actúa en unión con la carne.

Por otro lado, si el Espíritu está en el trono de nuestra vida, gobernándola, la carne está excluida.

Por eso, el gran secreto que muestra Pablo a los gálatas es: «*Andad en el Espíritu*». ¿Y qué ocurre si ellos andan en el Espíritu? «*No satisfaceréis los deseos de la carne*». La carne no tendrá poder sobre sus vidas.

La sutileza de "la carne"

Ahora, ¿qué es la carne? Recuerden que aquellos discípulos eran tentados por los judaizantes a regresar a las normas de la Ley. La Ley es santa, justa y buena, porque es la expresión del carácter de Dios. El problema no está en la Ley, sino en nosotros.

La Ley, dice Pablo, es débil por causa de la carne; no tiene poder para cambiarnos. La carne impide la obra de la Ley en nuestra vida y, peor aún, ella es tan engañosa, que puede usar la Ley para fortalecerse a sí misma.

La Escritura llama «la carne» al viejo hombre, la concupiscencia, la naturaleza pecaminosa. Es un término difícil de definir. El apóstol, a veces, usa expresiones que no define, y además, no las usa siempre con el mismo significado. A veces usa «carne», literalmente, como sinónimo del cuerpo físico. Pero acá la está usando metafóricamente.

Ahora, en este caso, con significado negativo, la carne es la naturaleza humana bajo el poder del pecado. La naturaleza humana, en sí misma, no es mala. Por eso, a veces, la carne se usa en sentido positivo, cuando se toma desde el punto de vista de la creación de Dios, porque ella fue creada por él, y todo lo que Dios hace es bueno. La mente humana, en sí misma, como creación de Dios, no es mala. La voluntad, los sentimientos, el cuerpo humano, en sí, no tienen nada malo; son diseño de Dios. No estamos hablando de bondad moral, sino de bondad natural, creacional.

Naturaleza sin gobierno

Separado de Dios, separado de esa vida de dependencia, de obediencia y de unión con Dios, la vida del hombre se convirtió en un jardín abandonado. Eso es la carne: la naturaleza humana sin el gobierno del Espíritu. Sin este gobierno, la naturaleza humana crece de manera desordenada, sin control ni propósito.

Recuerden, en el diseño original, Dios hizo al hombre con espíritu, alma y cuerpo. El espíritu es el órgano de unión, que nos habla del propósito divino de que el hombre pudiese vivir una vida de unión con Dios. Sin esa unión, la naturaleza humana se convierte en carne.

El hombre fue creado para depender del Espíritu, para que su vida viniese del Espíritu Santo. Cuando eso no ocurre, el hombre ya no tiene una fuente de poder, de conocimiento, ni de entendimiento en Dios. Y si Dios ya no es más esa fuente, ¿qué le queda al ser humano? Solo su naturaleza humana caída.

Entonces, la obra de restauración de Dios tiene que ver, esencialmente, con que seamos sacados de esa vida de confianza, de dependencia de la carne, y traídos a una vida de dependencia del Espíritu. Eso es lo que Dios quiere hacer en nosotros.

Diseño original

Recordemos que en Génesis 2, en el centro del huerto, Dios plantó el árbol de la vida, figura de Cristo, que representaba el principio por el cual el hombre debería vivir.

Pero nosotros crecimos bajo el gobierno del pecado, y aprendimos desde el principio a confiar en nuestra carne. De manera que la obra de Dios en el corazón humano, desde el momento en que nacimos de nuevo, consiste en traernos a ese lugar donde el Espíritu es el centro que sostiene nuestra vida. Eso es aprender a andar en el Espíritu.

Cuando eso ocurre, la naturaleza humana es traída al lugar donde

siempre debió estar: bajo el gobierno del Espíritu. Este es un proceso doloroso, pero necesario, una obra que Dios hace por su Espíritu Santo.

Nuestro consentimiento

El Espíritu trabaja en nosotros y con nosotros; pero nunca sin nosotros. Él solo opera con nuestro consentimiento. Él no invade nuestra vida; él conquista por amor.

Necesitamos conocer al Espíritu Santo. Una de las tragedias de la iglesia es su desconocimiento de él. Para muchos, es una especie de fuerza. Pero el Espíritu Santo es infinitamente más que una influencia o un poder: él es Dios, la tercera persona bendita y gloriosa de la Trinidad. Es el Espíritu de Dios, idéntico en todos sus atributos al Padre y al Hijo. Porque hay una sola esencia divina, de la cual el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo participan en plenitud.

Doctrina versus realidad

Muchas veces, nuestra comprensión del Espíritu es simplemente teológica. Por eso, no conocemos lo que significa realmente vivir en el Espíritu. Sabemos, doctrinalmente, que la vida espiritual no es posible sin el Espíritu. No obstante, en la práctica, tú puedes vivir sin el Espíritu, cuando lo haces confiando en tu carne. Más que un entendimiento teo-

lógico, necesitamos un entendimiento espiritual y una experiencia real en nuestras vidas. Sin el Espíritu Santo, no es posible vivir unidos a Cristo. En Romanos capítulos 5 y 6, tenemos el fundamento de una vida de unión con Cristo: la obra objetiva del Señor en la cruz.

Todos nosotros, habiendo sido salvos y justificados, estamos de hecho,

donde todo parece no funcionar. «¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte?» (Rom. 7:24). ¿Qué pasó? ¿Por qué todas esas riquezas de Cristo no están fluyendo en mi vida? ¿Por qué Cristo no está llenando mi vida?

Hay una clave esencial para la posesión efectiva de la vida y de las riquezas insondables de Cristo, y esa

No creemos ser nosotros la fuente de nuestra obra; porque el poder y la gracia están en el Espíritu, y por tanto, en Cristo.

unidos a Cristo. Incluidos en él, hemos muerto y resucitado, y estamos sentados en los lugares celestiales. Y esa verdad de nuestra unión con Cristo es lo que Pablo señala con la expresión «*en Cristo*».

«*En Cristo*», significa unido a Cristo. Es una unión vasta e inclusiva, una unión jurídica, legal, una unión orgánica, real y espiritual, completa, con Cristo, forjada por Dios a través de la obra de Cristo.

Eso tenemos que asumirlo con fe, fijando la mente en esa verdad, y persistiendo allí, contra todo lo que experimentemos en nuestra vida. Pero, aun con todo eso, cuando todas estas verdades han sido afirmadas, tenemos ahora Romanos 7,

clave es el Espíritu Santo. Sin él, es imposible experimentar a Cristo de manera real. Esto tiene que llegar a ser una verdad aprendida, por decir así, a sangre y fuego. Es como cuando tú aprendes por experiencia.

Aprender como niños

Si tú le dices a un niño pequeño: «No acerques las manos al fuego, porque te vas a quemar», ¿qué hace él? Va y mete la mano, porque no basta con saberlo mentalmente. Pero, cuando pone la mano al fuego, aprende para siempre. No necesita más lecciones; nunca más hará aquello.

Así tiene que ser con respecto a las verdades fundamentales de la vida cristiana.

Tenemos que ser como niños. No hay otra forma de aprender nuestra necesidad radical del Espíritu Santo, sino de esta manera dolorosa. Entonces, Dios hace lo que hizo con Pablo, cuando lo dejó batallar con los recursos de la carne.

Pablo era un hombre capaz, decidido, un hombre extraordinario. Entonces, el trato de Dios con él tuvo que ser radical. Mientras tuviera esperanza en su carne, nunca aprendería a andar en el Espíritu. Dios permitió que fracasara una y otra vez, hasta que llegó a un punto de desesperación. Allí, entendió finalmente que no había esperanza alguna en su carne. «*¡Miserable de mí!*».

Esa carne "buena"

No hablamos aquí, necesariamente, de la carne pecaminosa, sino de esa carne 'buena', las cosas 'buenas' que tú tienes. ¿No eres acaso una persona inteligente, con habilidades, una persona de carácter, decidida? Eso es la carne. Es todo eso que tú crees es tan bueno, y que traes al altar de Dios y lo pones allí, diciendo: «Señor, úsame».

¿Crees que al Señor le hace falta todo aquello? Sin darte cuenta, le estás diciendo a él que use tu carne. Y ya sabes la respuesta: La carne no tiene ninguna utilidad para Dios.

Eso, Dios lo sabe; el problema es que tú y yo no lo sabemos. Somos como los niños. Si Dios nos dice: «Tu carne no sirve; es peligrosa. Ten cuidado», ¿qué respondemos? «No, no, no. No lo creo». ¿No es así? «La voy a usar igual». Pero, cuando te quemas, entonces empiezas a aprender.

Hábitos arraigados

Pablo fue aprendiendo esta verdad, hasta que llegó el día en que advirtió que le faltaba la capacidad que viene del Espíritu. Si no es por el Espíritu, todo lo que está en Cristo es para nosotros un concepto ideal, y nunca llega a ser real en nuestras vidas, a menos que abandonemos la confianza en la carne.

Hasta qué punto dependemos de la carne, ni tú ni yo lo sabemos. Y no lo podemos saber, a menos que Dios trate con nosotros. Depender de lo que ven tus ojos y oyen tus oídos, depender de la sabiduría que aprendes a través de tu cuerpo, de tus sentidos, eso es depender de la carne. Todos somos así, desde niños.

Nunca supiste nada del Espíritu Santo ni de la vida que viene de Cristo. ¿Cómo podrías aprender a vivir por ella? En tu vida, se crearon hábitos, costumbres automatizadas. Pero, ¿sabes lo que es el carácter? La suma de nuestros hábitos, la suma de todas nuestras conductas habi-

tuales. Por eso es tan difícil tratar el carácter, porque los hábitos están arraigados en la carne. Y como tú no puedes tratar con la carne, no tienes cómo modificar tu carácter.

El carácter no puede ser modificado. Por eso Pablo dice: «*Pero veo otra ley en mis miembros*» (Rom. 7:23). Hay hábitos implacables en mi cuerpo. El pecado es automático. «*Así que, queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal está en mí*» (7:21). Y no puedo luchar contra eso, porque, mientras más lucho, más fortalezo la carne.

La cruz: único remedio

La carne es intratable para nosotros. En términos prácticos, solo hay uno que puede tratar con ella. «*Los que son de Cristo han crucificado la carne*» (Gál. 5:24). De manera objetiva, Dios ya trató con ella. La carne fue crucificada con Cristo; pero el único que puede hacer real esto en nuestra experiencia es el Espíritu Santo. Necesitamos aprender a vivir bajo su unción.

El camino de Pablo llegó al fin cuando descubrió la maldad radical de su carne. Al llegar a ese punto, comenzó a conocer que hay otra fuente de poder, diferente a él mismo – el Espíritu Santo, por quien todo lo que es de Cristo se hace real en la vida de Pablo, y en nuestras vidas.

No podemos vivir una vida cristiana real si solo conocemos la obra de Cristo en los capítulos 3 a 6 de Romanos, y aun si vemos nuestro fracaso en el capítulo 7. La vida cristiana plena solo llega en el capítulo 8, con la obra del Espíritu Santo.

La vida del Señor Jesús

Ninguno de nosotros vivió de otra manera, excepto el Señor Jesucristo. Él es el comienzo de una nueva historia, una nueva raza. Dios recomendó todo, ahora con un nuevo Adán: Cristo. Todo lo que se perdió en Adán, se recuperó en Cristo. Y no solo fue recuperado lo que se perdió en Adán, sino mucho más; aquello que Pablo llama «*el misterio escondido desde los siglos en Dios*» (Ef. 3:9). Todo eso fue añadido en Cristo. Este es el hombre que Dios quería en el principio.

«*Y aquel Verbo fue hecho carne*» (Juan 1:14). Él asumió la naturaleza humana, despojándose de esa vida que él vivía en la gloria con el Padre. No se despojó de sus atributos divinos, porque si lo hiciera, dejaría de ser Dios. Lo que él hizo fue ocultar sus atributos divinos, limitándose a sí mismo voluntariamente, para vivir una vida completamente humana.

El Verbo asumió la naturaleza humana, en espíritu, alma y cuerpo. Toda

la raza humana cayó en Adán, pero Dios, de esa misma raza, de María, tomó la naturaleza humana. Dios no creó otra humanidad, sino que tomó la naturaleza humana antigua, la libertó del poder del pecado, y le dio esa naturaleza a su Verbo. Cristo tenía una humanidad completa, como la nuestra, pero sin pecado. Desde que él fue engendrado, su naturaleza humana estuvo unida a Dios, en espíritu.

Por primera vez, vemos al hombre según el pensamiento de Dios, hecho a imagen y semejanza de Dios: el Señor Jesucristo. Y en él, desde el principio, la naturaleza humana creció y se desarrolló bajo el gobierno, el poder y la gracia del Espíritu Santo.

«Saldrá una vara del tronco de Isaí, y un vástago retoñará de sus raíces. Y reposará sobre él el Espíritu de Jehová; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Jehová» (Is. 11:1-2). Desde el momento en que Jesús fue engendrado, el Espíritu Santo estu-

vo sobre él. Mientras él crecía en el vientre de su madre, todo estaba bajo el control del Espíritu. Su naturaleza humana se desarrolló bajo la unión del Espíritu.

Dependiendo del Espíritu

¿Cuántas cosas sabemos nosotros, que no hemos aprendido del Espíritu Santo? No podrás entender la palabra de Dios, a menos que el Espíritu te enseñe. ¿Hemos aprendido a depender del Espíritu para leer la palabra de Dios? ¿O todavía lo hacemos en nuestra habilidad mental?

Jesús, siendo el más sabio de todos los hombres, dependía del Espíritu Santo, para conocer a Dios y su Palabra. Porque él sabía que los recursos de la carne son limitados, y los recursos del Espíritu son infinitos.

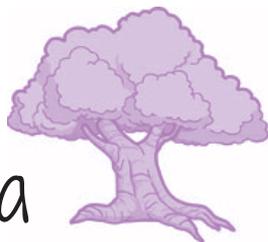
¿Dependeremos de la carne o del Espíritu? Así como la carne crea hábitos, cuando se aprende a depender del Espíritu, él crea hábitos; y después, confiar en el Espíritu, será algo automático. Tu voluntad se habituará a depender de él.

Los almendros en flor

En los países de la cuenca mediterránea, a veces los almendros florecen temprano. Aunque aún es invierno, esta floración es una promesa de la primavera. En hebreo, la palabra almendro significa «el árbol que vela». Dios empleó esta imagen del almendro para animar al profeta Jeremías y anunciarle que Su palabra se cumpliría.

De la Web

Cristo, la verdad y la vida



No basta conocer a Cristo como la verdad; necesitamos conocerlo como la vida – la vida divina.

Rubén Chacón



...y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres".

– Juan 8:32.

Libres del engaño

El antónimo de *verdad* es *mentira*. Lo primero que diremos es que la verdad nos hace libres del engaño. Nos hace libres del engaño de la mentira y de las medias verdades. A veces, la mentira no se presenta en forma abierta, porque sería muy evidente y provocaría rechazo, sino que se disfraza, se disimula, mostrándose como verdad a medias.

La verdad nos libra también del engaño de las verdades subjetivas. «Esto es verdad para mí, aunque para ti no lo sea», como si cada uno tuviese su propia verdad. Así mismo, la verdad nos libra de las verdades particulares y del relativismo moderno.

En mi época de juventud, había una secta pseudo cristiana llamada «los niños de Dios». Ellos predicaban una media verdad, diciendo: «Dios ama al pecador». Y a partir de esa premisa, decían:

«Solo tenemos que ser pecadores, para que Dios nos ame». Eso postulaban en su práctica; no tenían ninguna regla que les regulara, y cada uno hacía lo que bien le parecía.

Libres de la presunción

En otro aspecto, la verdad nos libera también de la presunción de creer que podemos guardar la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo por nosotros mismos. Necesitamos con urgencia tener clara la enseñanza del Señor respecto a estas cosas. Pero es necesario saber que el mero conocimiento de sus enseñanzas no nos capacita de forma automática para vivirlas.

El saber no me da la seguridad de no caer en pecado. Por lo tanto, así como podemos ser engañados por la mentira, también podemos ser engañados por la presunción de creer que el hombre, en sus propias fuerzas, puede guardar las enseñanzas de Cristo.

«Por cuanto los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden; y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios» (Rom. 8:7-8). Todo lo que procede de la mentalidad de la carne, está contra Dios; el hombre natural es esclavo del pecado. Los deseos de

la carne no se sujetan a la ley de Dios, porque no pueden. *«...y los que viven según la carne no pueden agradar a Dios»*. Aunque quisieran, no podrían agradar a Dios.

Así que, tenemos que ser librados de la mentira en estos dos aspectos. No es solo cuestión de enseñar moralidad o de enseñar valores; aunque esto es necesario, no sería suficiente. La palabra de Dios debe ser enseñada; pero eso, por sí mismo, no garantiza que haremos aquello que sabemos.

«Dijo entonces Jesús a los judíos que habían creído en él: Si vosotros permaneciereis en mi palabra, seréis verdaderamente mis discípulos; y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres» (Juan 8:31-32). ¿Cuál es la verdad, según el versículo 31? *«Mi palabra»*. Es lo que él enseñó. Así que, la verdad que nos hace libres, primeramente, es la verdad bíblica o verdad escritural.

La verdad es la palabra de Jesús; pero, también, es Cristo mismo. La verdad es lo que él dijo, y lo que él es. Hay dos ámbitos de esta verdad que nos hace libres. Jesús no solo mostró la verdad en su discurso, sino también con su propia vida. Él fue consecuente con todo lo que enseñó. No solo necesitamos conocer su doctrina, sino que lo necesitamos a

él mismo, porque sin él no podemos ser verdaderamente libres.

«Así que, si el Hijo os libertare, seréis verdaderamente libres» (Juan 8:36). Aquí, Cristo mismo es la verdad. Si escudriñamos las Escrituras, nos sacarán del engaño de la mentira. Y Cristo mismo, como la verdad, nos hará realmente libres, porque solo en él y con él se puede vivir la verdad.

Cristo nos libra con su enseñanza

Vamos al tercer punto. Entonces, dado que Cristo es la verdad, ¿cómo nos libra él? En primer lugar, con su enseñanza, que es verdad objetiva, absoluta y eterna. Veamos un ejemplo.

«Y manifiestas son las obras de la carne, que son: adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas; acerca de las cuales os amonesto, como ya os lo he dicho antes, que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios» (Gál. 5:19-21).

La lista podría extenderse más aún. Aquí se mencionan 17 cosas que son obras de la carne, o sea, son lo que

manifiesta la naturaleza pecaminosa que está en aquellos que son esclavos del pecado.

A la luz de esto ¿podremos decir que el adulterio no es pecado? ¿A quién creeremos, a la sociedad, o a la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo? O te afirmas sobre la mentira, o te paras sobre la verdad.

Necesitamos tomar una decisión, de tal manera que, si yo caigo en alguna de estas cosas, no puedo justificarme diciendo: «Bueno, pero esto es lo que hacen todos, esto es lo que la sociedad dice hoy en día que está en discusión». Debo reconocer que lo malo es malo, que el pecado es pecado. No puedo cambiar la verdad por la mentira.

Aquello que para Dios es pecado, para nosotros también debe serlo. Por supuesto, hay perdón para los pecados; pero, para que lo haya, debe haber convicción de pecado. No podemos recibir el perdón del Señor y ser limpios del pecado, si llamamos bueno a lo malo.

Si alguien tiene la verdad en el universo, no puede ser otro que Dios, el Creador de todas las cosas. Si no le crees a Dios ¿a quién le creerás? Si no es Dios quien merece tu confianza, tu fe y tu credibilidad ¿a quién le vas a creer? ¿A los filósofos, a los sociólogos, a los psicólogos,

gos? No puede haber alguien que brinde mayor confianza que el Creador de los cielos y de la tierra.

Cristo nos libra con su vida

Volvamos al punto. Jesucristo nos libra con su enseñanza. Y, en segundo término, **él nos libra impartiéndonos su vida divina**, que es la única vida que puede guardar su enseñanza.

Jesús vivió, de manera natural, las enseñanzas sobrenaturales del cielo. En los días de su carne, él vivió la vida humana por medio de la vida divina que había en él. Y nosotros no tenemos otra posibilidad, si queremos guardar sus enseñanzas, que vivir por medio de la vida divina.

Nuestro problema no es tanto el discernir lo que es bueno y lo que es malo, sino que, aun cuando sabemos la verdad, no hemos podido vivirla; porque la carne no se sujeta a la ley de Dios, ni puede (Rom. 8:7). Si intentamos vivir la vida cristiana en nuestras propias fuerzas, estamos destinados al más rotundo fracaso. Pablo pasó por eso. Romanos 7 está escrito por esta razón.

Las verdades escriturales son connaturales a la vida divina. Si vamos a vivir por la vida divina que está en nosotros, entonces descubriremos que las verdades bíblicas son

afines con ella. Pero, si intentamos vivir las enseñanzas de Cristo en la carne, recuerden que la mentalidad de la carne es enemiga de Dios.

«Porque los que son de la carne piensan en las cosas de la carne; pero los que son del Espíritu, en las cosas del Espíritu» (Rom. 8:5). Pablo no dice: «Los que son de la carne, esfuércense en pensar en las cosas del Espíritu». Eso no tiene ningún sentido. Los que son de la carne, de manera espontánea, piensan en las cosas de la carne. De la misma manera, los que son del Espíritu, de manera natural, piensan en las cosas del Espíritu. Lo que tenemos que definir es: ¿Somos de la carne o somos del Espíritu? Dime lo que eres, y yo te diré en qué pensarás.

Nuestro mayor problema es la falta de vida; no porque no la tengamos, pues tenemos a Cristo, sino porque no hemos aprendido a vivir por medio de esa vida. No basta saber la verdad; necesitamos la vida de Cristo para vivir la verdad.

La vida divina en nosotros

«Y éste es el testimonio: que Dios nos ha dado vida eterna; y esta vida está en su Hijo. El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios no tiene la vida» (1ª Juan 5:11-12). No basta conocer a Cristo como la

verdad; necesitamos conocerlo como la vida – la vida divina.

«*¡Miserable de mí! ¿Quién me librará de este cuerpo de muerte? Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro. Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado*» (Rom. 7:24-25).

En los días de su carne, Jesús vivió la vida humana por medio de la vida divina que había en él.

Pablo relata aquí su propia experiencia. Un «*cuerpo de muerte*», un cuerpo muerto, no puede hacer nada. Ante las demandas de Dios, somos incapaces de guardar, por nosotros mismos, la doctrina de Cristo. Pablo, habiendo renacido, queriendo agradecer a Dios, descubrió que no podía.

«*¿Quién me librará?*». Cristo, como la verdad, nos liberta. Pero ahora Pablo necesita conocer a Cristo como la vida, para ser completamente libre.

¿Quién me librará de este cuerpo que no puede hacer la voluntad de Dios? La respuesta está en el versículo 25: «*Gracias doy a Dios, por Jesucristo Señor nuestro*». Cristo es la vida que necesitamos para poder andar en los caminos del Señor.

1. *Cristo es la vida cuando él mora en nosotros*

No solo es Cristo, sino Cristo viviendo en nosotros. «*Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí*» (Gálatas 2:20). Este es un texto fundamental. Para que Cristo viva en mí, hay una cosa previa: «Ya no vivo yo».

¿Cómo encontró Pablo la liberación de este cuerpo mortal? Él dijo: «*...y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí*». O sea, lo vivo en la fe de que él es quien vive en mí. Que el Señor viva su vida en nosotros.

2. *Es Cristo en nosotros, pero Cristo en nosotros por el Espíritu Santo*

Gracias a la persona del Espíritu Santo, Cristo mora en nosotros. Ese es el nexa. Así que, cómo no estar agradecidos del Espíritu de Dios, si es gracias a él que Cristo mora en nosotros.

Juan 14:23 dice: «*Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos mora-*

da con él». Es decir: «Yo y mi Padre vendremos a él, y haremos morada con él». En el contexto, Jesús estaba hablando de la venida del Espíritu Santo. Cuando el Espíritu Santo vino a morar en nosotros, en él, también, el Hijo vino a morar en la iglesia, y en el Hijo, vino a morar el Padre.

¿A quién da gracias Pablo en Romanos 7:25? ¿Dónde halló la liberación para su cuerpo de muerte? En Cristo. Pero ahora, en el versículo 8:2, dice: *«Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte»*. Para vencer una ley, se necesita otra ley; en este caso, una ley superior a la ley del pecado y de la muerte – la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús.

Si yo lanzo una piedra, inmediatamente la ley de gravedad la hace caer. Pero, a diferencia de la piedra, los pajarillos pueden volar, y parece que para ellos no rige la ley de gravedad. ¿Por qué? Porque a ellos los está rigiendo otra ley, como a nosotros, la ley de la vida, y esa ley es superior a la ley de gravedad.

«Porque si vivís conforme a la carne, moriréis; mas si por el Espíritu hacéis morir las obras de la carne, viviréis. Porque todos los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios» (Rom. 8:13-

14). Necesariamente, tenemos que considerar al Espíritu Santo.

Cristo mora en nosotros por la fe; pero ello ocurre «por medio del Espíritu Santo». Yo tengo que vivir en la fe del Hijo de Dios, creyendo que él es quien vive en mí; pero no solo por la fe, sino también mediante el Espíritu.

Y, ¿cuál es la relación entre la fe y el Espíritu? La fe crea el ambiente necesario para que el Espíritu Santo, la ley del Espíritu de vida, actúe en nosotros. Tenemos al Espíritu Santo morando en nosotros y, por medio de él, tenemos morando en nosotros al Padre y al Hijo.

3. Siempre llenos del Espíritu

Pero necesitamos agregar algo más: es Cristo en nosotros, por el Espíritu... **siempre y cuando vivamos llenos del Espíritu Santo.**

Podríamos decir: Sin Cristo, es imposible vivir la vida cristiana. Y estaría correcto. O decir: Sin el Espíritu Santo, es imposible vivir la vida cristiana. Y también estaría correcto. Y también sería correcto decir: Sin Cristo, y sin el Espíritu Santo, es imposible vivir la vida cristiana.

Pero, más aún: Sin la llenura del Espíritu Santo es imposible vivir la vida cristiana. Para vivir llenos de Cristo, debemos necesariamente vivir lle-

nos del Espíritu. No podemos pretender llenarnos de Cristo, sin entender que, para ello, debemos llenarnos del Espíritu.

Aquí hay algo muy fino, pero muy importante. El propósito de Dios es que todo se llene de Cristo. Sin embargo, no se puede estar lleno de Cristo sin estar lleno del Espíritu.

La Escritura dice que el Espíritu Santo en nosotros es un **sello**, que es las **arras** de nuestra herencia, que es la **unción**, que es un **don**, que es las **primicias**, que es un **bautismo**. Y dice que es una **llenura**.

¿Cuál es la figura de la llenura? Es como tomar un jarro con agua, y llenar un vaso. O sea, si tú eres el vaso, debes ser llenado por completo. Hay muchas otras figuras que describen el variado significado espiritual de la morada del Espíritu Santo en nosotros. Ahora, lo interesante de esta figura es que ella es la única de todas que tiene mandamiento.

Un mandamiento y un camino práctico

«No os embriaguéis con vino, en la cual hay disolución; antes bien **sed llenos del Espíritu**» (Ef. 5:18). La expresión «**sed llenos**» está en imperativo. Es un mandato dirigido a los hijos de Dios. Los creyentes de la iglesia en Éfeso tenían el Espíritu. El

sentido de la frase, entonces, es que ellos debían continuar siendo llenos, que no debían dejar de vivir llenos del Espíritu.

Para hacerlo práctico, sigamos leyendo: «...*hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones; dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*» (v. 19-20).

Pareciera que aquí se describe la experiencia de una persona que está llena del Espíritu Santo. Se muestran las evidencias de la llenura con el Espíritu. Así, su vida será un canto y una alabanza al Señor; será una persona que dará gracias al Padre por todo. Estos serían, por decir así, los frutos de vida que tiene una persona llena del Espíritu.

Sin embargo, también podríamos interpretar los versículos 19 y 20 de otra forma, sin negar que la anterior sea verdadera. Estos textos podrían describir el cómo ser llenos del Espíritu. Si Pablo ha dicho: «*Sed llenos del Espíritu*», pudiera ser que nos esté diciendo cómo se alcanza esa llenura.

Entonces, aquí hay cuatro verbos que enuncian todo lo que debemos hacer si queremos ser llenos del Espíritu.

El primero es *hablando*; el segundo, *cantando*; el tercero, *alabando*, y el cuarto, *dando gracias*. Este es un camino práctico. Si, para vivir llenos de Cristo, necesitamos vivir llenos del Espíritu, sería bueno tomar como una práctica de vida estas cuatro acciones.

Primero: «*hablando*». Nosotros sabemos hablar. Pero, para ser llenos del Espíritu no es cosa de saber hablar, sino de qué vamos a hablar. ¿Cómo ha de ser nuestro hablar? ¿Qué quiere decir: «*hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales*»? Creo que lo que Pablo está diciendo es que tu hablar sea conforme al contenido de aquello que cantas.

Si queremos ser llenos del Espíritu Santo, tendremos que cuidar nuestras palabras. No cualquier hablar facilita la llenura del Espíritu, sino el hablar de acuerdo a los salmos, himnos y cánticos espirituales.

En segundo lugar, *cantando*. Todos nosotros cantamos, pero aquí no se trata de cualquier canto. Dice: «*cantando al Señor en vuestros corazones*». Cuando cantamos al Señor con sentimiento, con afecto, amándolo con el corazón, ese cántico nos llenará del Espíritu.

Luego, «*alabando al Señor*». Alabar es poner en alto a una persona, ha-

blar bien de ella. En la iglesia, lo hacemos. Pero debemos practicar esto afuera, si queremos vivir llenos del Espíritu. Tendremos que cuidar nuestro hablar, cuidar lo que cantamos y alabar al Señor.

En el caos del mundo, se ha desplomado la imagen de los políticos, de los empresarios y de los religiosos. ¿No es un precioso momento para levantar el nombre de Cristo? Solo hay uno digno de ser creído, en el cual se puede confiar. Es tiempo oportuno para que los hijos de Dios alcemos la voz y hablemos bien del único del cual se puede hablar bien – nuestro Señor Jesucristo.

Y, cuarto, dice: «*Dando siempre gracias por todo al Dios y Padre, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo*». Noten el aspecto trinitario. Hay que llenarse del Espíritu, hay que cantar al Señor (refiriéndose al Señor Jesucristo), y dar gracias al Padre.

«*Dando siempre gracias por todo*». ¿Damos gracias por todo, o solo por lo bueno? Tenemos un Padre bueno, que nos guarda y nos cuida; y, si algo permite él que nos ocurra, será para nuestro bien, porque «*a los que aman a Dios, todas las cosas les ayudan a bien*» (Rom. 8:28).

Entonces, si tú crees que estás bajo la providencia del Padre, bajo su so-

beranía y su amor, confíate plenamente a él, en las cosas buenas y en las malas, y dale gracias por todo.

Aquí hay un camino práctico para ser llenos del Espíritu. Cuidando nuestro hablar, cuidando lo que cantamos, cuidando a quién alabamos, y siendo agradecidos.

El fruto del Espíritu

Para terminar, es Cristo en nosotros, por el Espíritu Santo, del cual debemos vivir llenos. Y agregamos este último aspecto, cuyo fruto principal, cuando se vive lleno del Espíritu, es que **él enciende nuestra vida de amor por Cristo**. Porque el Espíritu ha venido a glorificar a Cristo, a dar testimonio de él, a hacer que Cristo y su vida sean reales en nosotros.

«*Para mí el vivir es Cristo*» (Flp. 1:21). Esta es una declaración llena de realidad. Pablo era un apasionado, un enamorado de Cristo. Y lo amaba, gracias a que él estaba lleno del Espíritu Santo. El Espíritu Santo

producirá ese fruto, porque «*el fruto del Espíritu es amor*» (Gál. 5:22). Es amor por todos, pero, primeramente, por el Señor Jesucristo.

¿Es posible vivir enamorados de Cristo? Sí. Si esta es nuestra experiencia, entonces la vida del Señor prevalecerá.

Esto no garantizará que, eventualmente, caigamos en pecados; pero sí asegurará que nada será mayor y más fuerte que el amor de Cristo. Si vivimos apasionados por él, no podremos zafarnos jamás de su verdad y su amor.

La vida divina es Cristo en nosotros, por el Espíritu Santo, del cual debemos vivir llenos y cuyo fruto principal es el amor a Cristo.

«*La gracia sea con todos los que aman a nuestro Señor Jesucristo con amor inalterable*» (Ef. 6:24). ¡Qué precioso! Este amor, que nunca deja de ser, solo puede ser fruto de la obra del Espíritu en nosotros. Amén.

Dos evangelios

El evangelio moderno dice: «Dios te ama y tiene un maravilloso plan para tu vida. Por lo tanto, sigue estos pasos y serás salvo». Mientras tanto, el evangelio bíblico dice: «Eres enemigo de Dios, estás muerto en tus pecados y en tu actual estado de rebelión; ni siquiera puedes ver que necesitas vida y mucho menos revivirte a ti mismo. Por lo tanto, dependes de manera radical de Dios para que haga algo en tu vida que nunca podrás hacer». El primero vende libros y atrae multitudes. El último salva almas. ¿Cuál es más importante?

David Platt, *Radical*

La alabanza proviene de un espíritu de adoración, y tiene una expresión verbal, que no siempre es el cántico.



Música, alabanza y adoración

Romeu Bornelli

“

Dios es Espíritu; y los que le adoran, en espíritu y en verdad es necesario que adoren ... Así que, ofrezcamos siempre a Dios, por medio de él, sacrificio de alabanza, es decir, fruto de labios que confiesan su nombre ... hablando entre vosotros con salmos, con himnos y cánticos espirituales, cantando y alabando al Señor en vuestros corazones”.

— Jn. 4:24; Heb. 13:15; Ef. 5:19.

Hablando de manera simple, hay una diferencia que es necesario establecer primero: música, alabanza y adoración, son tres cosas. Vamos a comenzar desde la última, la adoración.

Una realidad espiritual

¿Qué es la adoración? Es una realidad espiritual. Si nosotros no entristecemos al Espíritu Santo, si él ha sido honrado en nuestras vidas, entonces, mantenemos ese espíritu de comunión con Dios. Dios es Espíritu, y sus adoradores le adoran en espíritu. Dios creó en nosotros un órgano, nuestro espíritu, para que tengamos comunión con él. Y eso incluye la adoración.

La adoración es un asunto espiritual. Veinticuatro horas al día, dependiendo de nuestra relación con el Señor, podemos decir que debemos vivir en un espíritu de adoración, así como debemos vivir en el Lugar Santísimo, en la presencia del Señor.

La adoración no depende de la música, ni de expresiones verbales. Podemos adorar al Señor en silencio, absolutamente quietos, porque es una relación espiritual con Dios. Dios, por su Espíritu, encuentra reposo en nuestros corazones. ¡Qué cosa maravillosa es la adoración! La intención de Dios es hallar reposo en la iglesia. Y, ¿en qué sentido él halla reposo? En su satisfacción en nuestras vidas. Y eso es la adoración.

Alabanza

Ahora, hablemos de la alabanza. *«Ofrezcamos siempre... sacrificio de alabanza»* (Heb. 13:15). La alabanza proviene de un espíritu de adoración, y tiene una expresión verbal, que no siempre es el cántico. Cuando nosotros declaramos: «Jesucristo es nuestra paz; él es nuestro Señor», eso es alabanza, es *«fruto de labios que confiesan su nombre»*.

La música

Y luego está la música. Y ahora tenemos un problema, porque, cuando vamos a Génesis 4, vemos cómo

empezó la música. Tengamos cuidado aquí; no tenemos en absoluto nada contra la música, sino contra la prioridad de las cosas. En los cielos, hay una música eterna, pero veamos la historia sobre la tierra.

¿Cómo empezó la música en la tierra? Cuando Caín fue expulsado de la presencia del Señor (Gén. 4:17), él fue a habitar a la tierra llamada Nod. Allí, Caín edificó una ciudad.

Ese no era el proyecto de Dios. Pero Caín construyó aquella ciudad, porque él perdió la seguridad. Y le dio a aquella ciudad el nombre de su hijo Enoc. Éste no es el Enoc que anduvo con Dios, sino Enoc hijo de Caín.

«Y a Enoc le nació Irad, e Irad engendró a Mehujael, y Mehujael engendró a Metusael, y Metusael engendró a Lamec» (Gén. 4:18). Lamec es el séptimo después de Adán en el linaje de Caín, y representa la cima de la impiedad.

«Y Lamec tomó para sí dos mujeres; el nombre de la una fue Ada, y el nombre de la otra, Zila. Y Ada dio a luz a Jabal, el cual fue padre de los que habitan en tiendas y crían ganados. Y el nombre de su hermano fue Jubal, el cual fue padre de todos los que tocan arpa y flauta. Y Zila también dio a luz a Tubal-caín, artífice de toda obra de bronce y de hierro» (v. 19-22).

Los tres hijos de Lamec hablan de tres formas de provisión para sí mismos. El primero, Jabal, es «*padre de los que habitan en tiendas y crían ganados*», proveyendo para su propio sustento (autopreservación).

Jubal fue «*padre de todos los que tocan arpa y flauta*». Cuando esa generación fue expulsada de la presencia del Señor, perdió el gozo de la presencia del Señor. Entonces crearon instrumentos musicales, para su autosatisfacción.

Y Tubal-caín se preocupó de los instrumentos de bronce y de hierro, no solo como algo necesario para su vida, sino como armas para su propia protección. Aquí vemos autopreservación, autosatisfacción y autodefensa. Todo lo que Dios había sido antes para ellos, ahora ellos lo crearon por sí mismos.

Un peligro

Ese es el peligro de la música. La música, en sí misma, tiene capacidad de involucrar el corazón, agitar el alma, y aun apagar la voz del Espíritu.

No es difícil descubrirlo. Basta mirar lo que la música hace con el mundo y, en forma lamentable, lo que la música, en sí, ha sido en la cristiandad. Entonces, necesitamos ser muy cuidadosos al respecto.

Imaginen que tenemos un problema en casa, con nuestra esposa o con nuestros hijos. El Espíritu Santo habla a nuestro corazón, pero de alguna forma lo resistimos, y vamos a la reunión de la iglesia. Nos sentamos, y la música empieza a sonar. Nuestra alma empieza a ser agitada, y es fácil confundir el hablar de Dios, con esa agitación del alma. Nos emocionamos, y vivimos un momento muy especial. Sin embargo, al volver a casa, somos incapaces de tratar aquel asunto. Esa es una prueba de que fuimos tocados en nuestra alma y no en nuestro espíritu.

¡Cuántas veces ocurre eso! ¿No es así? Porque, si nuestro espíritu fuese tocado, nos arrepentiríamos y buscaríamos el perdón del Señor y el perdón de los demás. Este ejemplo práctico muestra la diferencia entre alma y espíritu. Lo que es espiritual es tan diferente de lo que es del alma.

El alma: vehículo del espíritu

Por otro lado, el alma fue creada para ser el vehículo del espíritu; pero, a causa del pecado, cuando hay esa unión entre el alma y el pecado (Génesis 3), alma + pecado = carne. Eso es lo que la Biblia llama la carne; vivir según la carne es vivir basados en un alma contaminada por el pecado. El alma perdió la ca-

pacidad de seguir la conducción del espíritu.

Dios creó al hombre con espíritu, alma y cuerpo, para que funcionaran en este orden. Nuestro gran desafío como cristianos es aprender a ser guiados por el Espíritu. Si nuestro espíritu no funciona, nuestra alma tiene toda la capacidad de funcionar por sí misma. Si no comprendemos esto, nos volvemos muy vulnerables, y esa es nuestra preocupación con respecto a la música.

Ahora, cuando tomamos el punto de vista correcto, sin duda, la música puede ser algo maravilloso, una expresión adecuada de aquello que está en nuestro espíritu, lo que Cristo es para nosotros, en nuestras reuniones; pero ella siempre debe estar en segundo plano.

Seamos honestos y prácticos. En la reunión de iglesia, cuando los músicos y sus instrumentos están adelan-

das me son lícitas, mas no todas convienen...» (1ª Cor. 6:12).

Un camino espiritual

La adoración es un camino espiritual, un camino subjetivo, y tenemos que avanzar en él, desde el atrio, al Lugar Santo y al Santísimo. La adoración se inicia en el atrio. Veamos eso.

A veces, cuando llegamos a una reunión, tenemos nuestros pies con polvo. El problema no es el pecado, sino el peso. *«Despojémonos de todo peso y del pecado que nos asedia» (Heb. 12:1).* Venimos del hogar o del trabajo, y nuestra mente está agitada, pensando tantas cosas, que no tenemos capacidad de adorar.

Es claro, necesitamos mirar al Señor. Cuando Jesús lavó los pies a sus discípulos, él les dijo: *«El que está lavado, no necesita sino lavarse los pies, pues está todo limpio; y voso-*

La adoración es un camino espiritual, un camino subjetivo, y tenemos que avanzar en él.

te, en una plataforma alta, ellos están expuestos a la atención, a la observación de todos. Y ese es un gran peligro. No significa que esto, en sí mismo, está errado. Pocas cosas son erradas en sí mismas. *«Todas las co-*

tros limpios estáis...» (Juan 13:10). Entrando en el atrio, está el altar de bronce: Cristo, la ofrenda por nuestros pecados. Nos apropiamos de eso, y luego está la fuente de bronce, *«el lavamiento del agua por la*

palabra». Entonces, el Señor, por su Espíritu, nos lava los pies, y la comunión en el Espíritu es posible.

Un paso más

¿Qué más es necesario experimentar? El Lugar Santo. Un paso más. Allí hay un candelero. No hay luz del sol, carecemos de la luz natural, no observamos el mover natural. No importa quién está tocando aquí o allá, no importa si hay o no hay instrumentos. La única luz en el Lugar Santo es la luz del candelero. Entonces, es posible dar un paso más en la adoración, enfocando al Señor mismo.

Pero hay que dar un último paso, y entrar al Lugar Santísimo. El Señor Jesús ya está allí, detrás del velo, y nosotros estamos con él. Pero, en la experiencia, necesitamos pasar por esa etapa. En el Lugar Santísimo no hay ninguna luz. Es un cuarto pequeño, completamente oscuro. Recordemos Isaías 50:10. «*El que anda en tinieblas y carece de luz, confíe en el nombre de Jehová, y apóyese en su Dios*». El Señor Jesús es el Siervo que anduvo en las tinieblas, sin luz ninguna, y aun así, confió en el nombre del Señor.

En el Lugar Santísimo están las tablas de la Ley, que nos hablan de la palabra de Dios; también hay allí una vasija con maná, que habla de Cristo mismo como el pan de vida, y

también la vara de Aarón, que floreció, y que habla del poder de la resurrección. Pero ninguna de ellas está expuesta a la vista; están ocultas. Entonces, la adoración en el Lugar Santísimo es cuando Dios mismo es todo para nosotros. En él tenemos nuestro maná; en él tenemos el poder de la resurrección y en él tenemos la palabra de Dios.

Una reunión normal

Necesitamos andar el camino de la adoración. «*Si, pues, toda la iglesia se reúne en un solo lugar, y todos hablan en lenguas, y entran indocultos o incrédulos, ¿no dirán que estáis locos? Pero si todos profetizan, y entra algún incrédulo o indocto, por todos es convencido, por todos es juzgado; lo oculto de su corazón se hace manifiesto; y así, postrándose sobre el rostro, adorará a Dios, declarando que verdaderamente Dios está entre vosotros*» (1ª Cor. 14:23-25).

¿No es maravilloso? Esta es una reunión normal de la iglesia. ¿Está ocurriendo así con nosotros? La reunión de iglesia se basa en el hecho de que Dios está presente, pero eso no ocurre de manera automática. Necesitamos recorrer ese camino. Esta debe ser una experiencia corporativa. Pero, con frecuencia, somos tocados en nuestras emociones, en

nuestra alma, pero muy poco en el espíritu.

Otro ejemplo práctico. En muchos lugares, cuando la iglesia canta, los músicos parecen ser los más tocados. Vemos un grupo de fervientes adoradores, pero solo externamente. Cuando termina ese periodo, la congregación se sienta, empieza a ser ministrada la palabra, y, ¿qué hacen los músicos? A menudo, salen a andar por los pasillos, o van a tomar un café, y no vuelven. Entonces, aquello no era adoración en el Espíritu, porque, si lo fuera, la palabra de Dios sería honrada.

Adoración corporativa

El último punto es la adoración corporativa. Claro, ella fluye en cada creyente; el Señor quiere hallar un adorador, un espíritu limpio, en ti y en mí. Sin embargo, la adoración es corporativa, y debemos avanzar en esa experiencia, aprendiendo a reconocer la conducción del Espíritu Santo. En primer lugar, tenemos que aprender a oír al Espíritu Santo, y luego entrar en ese tiempo de adoración, juntos.

Si hay dos o tres hermanos que tengan una carga específica, ellos inician el camino, pero cada hermano debería tener libertad. Esto es algo que debe ser aprendido, para poder decir: «Hermanos, adoremos con

este cántico». Luego, la música puede cesar, pero seguimos adorando. La música no es imprescindible. Todo depende de nuestra sensibilidad a la guía del Espíritu. Él es el Espíritu de adoración; entonces, si somos capaces de seguir su conducción, experimentaremos algo maravilloso.

El Señor ya está en nosotros, pero él quiere darnos esa experiencia viva. Recuerden 2ª Corintios 6:16: *«Habitaré y andaré entre ellos, y seré su Dios, y ellos serán mi pueblo»*. Cada vez que nos reunimos y adoramos al Señor, él se pone en medio de nosotros; entonces percibimos su presencia y le adoramos. Experimentar esto en la práctica, es un desafío.

El camino no es fácil, porque a veces se levanta alguien diciendo: «Adoremos de esta forma; cantemos este cántico», y aquello se escapa de la conducción del Espíritu. Y al terminar la reunión, es necesario acercarse al hermano y mostrarle su error. No es una obra fácil, pero tiene su recompensa: adorar al Señor de manera serena, enfocada, guiados por el Espíritu Santo.

Que el Señor nos ayude. Que él tenga libertad de cambiar lo que sea necesario, en lo interior o en lo exterior, para que prosigamos hasta ver Su presencia de manera clara, en medio de los santos. Amén.

TEMA DE PORTADA

El Señor Jesucristo, en su venida, tomará una esposa santa para sí.

Un arrebatado de amor



Marcelo Díaz

“

Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor”.

— 1ª Tes. 4:16-17.

En el escenario futuro de la iglesia, hay un acontecimiento ansiado por los creyentes: aquel momento en el cual ella verá realizado su anhelo de encontrarse definitivamente con su amado Señor. Es el *rapto* o *arrebatación*, el encuentro del Señor con la iglesia.

El amor, la base de todo

Este es un hito en la historia humana. En el último siglo, las interpretaciones de los sucesos escatológicos han generado discusiones, desviando con ello la atención de lo fundamental, hacia la forma y el tiempo en el cual ocurrirá. Deseando tener una mayor comprensión, se ha perdido el sentido más profundo de este encuentro de amor entre Cristo y la iglesia.

La iglesia es levantada, atraída para reunirse con su Señor. Ni el mejor filme podría expresar lo que será este evento. La plenitud de gozo será el sentimiento predominante, similar a un encuentro añorado de dos personas que se aman. En verdad, es el encuentro de dos amores.

En la experiencia humana, podemos imaginar pálidamente aquel gozo. Los novios, al fin, estarán unidos para siempre. En ese momento, la eternidad será un instante absorbido por el amor. El Novio viene hermoso y radiante. Ella, ataviada, le anhela expectante. En un instante, el amor la arrebatará a una unión eterna. Al fin, Cristo y la iglesia serán uno para siempre. ¡Aleluya!

El Espíritu Santo y la novia

Sin embargo, el Señor vendrá por una novia «*sin mancha, ni arruga, ni cosa semejante*» (Ef. 5:27), una novia que ha dedicado tiempo a embellecerse para él. Dios ha provisto todas las condiciones para que este sea un evento único. Por ello, el Espíritu Santo ha comprometido su asistencia permanente.

El criado ejemplar

Existen en el Antiguo Testamento algunas figuras de la acción del Espíritu Santo sobre la iglesia. En Génesis capítulo 24, tenemos la historia del

momento en que Abraham busca mujer para su hijo Isaac, figura del Padre que busca esposa para Jesucristo su Hijo.

Es sorprendente ver que la representación para mostrarnos el servicio del Espíritu Santo en compromiso con los propósitos de Dios, sea un criado. El criado de Abraham fue encomendado bajo juramento a encontrar esposa para Isaac. ¿Qué aprendemos en esta figura respecto del Espíritu Santo?

La lealtad al propósito

El criado de Abraham era quien gobernaba sobre todo, y además el más viejo, con mayor experiencia. Sin duda, él era quien mejor interpretaba los deseos de Abraham. Por ello, le encargó esa trascendente misión, vinculada a la promesa que había recibido de Dios mismo.

El Espíritu Santo conoce los más profundos pensamientos de Dios y conoce el interior del hombre (1ª Cor. 2:11). Por ello, en lealtad al eterno consejo de Dios, él direcciona la voluntad divina en la iglesia, a través de una experiencia personal con cada creyente. La intención final del Espíritu en nosotros es llevarnos siempre a Cristo. Cualquier otro objetivo es incompatible con el sentir de Dios. El Padre ha encargado esta misión al más fiel «criado», el cual

no se apartará ni un ápice de su voluntad en nosotros, por lo cual podemos confiar plenamente en él.

Diligencia en el servicio

El criado salió acompañado de siervos y diez camellos porque el viaje sería largo. El propósito da sentido y urgencia al servicio. Vemos a través del relato que el criado no deseaba descansar hasta ver cumplida su misión. De igual manera, el Espí-

de entre todas las doncellas, Raquel cumplió la señal, y su belleza confirmó el designio divino. Luego, el criado la adornó con un pendiente y brazaletes en sus brazos.

Así es el Espíritu Santo, quien ha escogido, conforme al plan divino, la mujer más idónea para el Hijo, y ella ha accedido. La iglesia fue elegida para servir al Señor; en cada acto de servicio desborda su hermosura.

Una jovencita huérfana, sin ninguna posibilidad en la vida, es preparada para ser reina. La figura es fácil de entender.

ritu trabaja en los creyentes, equipándonos de riquezas divinas hasta ver consolidado el propósito del Padre, el cual es presentar una doncella santa para su Hijo. Esta es la misión más importante del Espíritu, que no claudicará en su tarea. Una y otra vez, insistirá en nosotros la necesidad de santificarnos para presentarnos dignos.

La elección

Abraham delegó su confianza en el criado. Los cánones de belleza estarían subordinados a Eliezer, quien oró pidiendo como señal una mujer que tuviese aptitud de servicio. Él escogió primero la belleza del servicio, antes que la belleza natural. Y,

Cada creyente que sirve a Cristo despliega lo que en esencia es la iglesia. El Espíritu que nos santifica y reparte sus dones, no tiene otro objetivo más que llevar atributos dignos al Amado, entregando las arras de la herencia con la cual enriquece a la iglesia, frutos de servicio para el Señor.

El ejemplo de Mardoqueo

En el libro de Ester, tenemos otra figura importante que nos enseña la preparación de la novia antes de ir al Amado. El relato destaca la figura de Mardoqueo, un judío que prepara a Ester, su prima huérfana, para presentarla al rey. Mardoqueo adopta a Ester para guiarla en los propó-

sitos divinos. ¿Qué aprendemos de esta historia en relación con la acción del Espíritu Santo en la iglesia?

La filiación

Esta historia comienza con la valiosa acción protectora a una huérfana. Tal vez ni el mismo Mardoqueo pensó en primera instancia que en ese acto se jugaba los destinos del pueblo Judío.

La historia es conmovedora. En el momento más culminante Mardoqueo declara a Ester: *«¿Y quién sabe si para esta hora has llegado al reino?»* (4:14). Ella debía presentarse ante el rey, para interceder por su pueblo, a riesgo de su propia vida. La historia termina en beneficio para Ester y su pueblo.

El Nuevo Testamento nos enseña que, por el Espíritu de adopción dado a los creyentes, podemos acercarnos a Dios diciendo: *«¡Abba Padre!»*.

La filiación de hijo es el mayor acto de generosidad recibido a través de Jesucristo. El Espíritu Santo tiene el mismo propósito en cada creyente, pero la ejecución es distinta en cada uno. Se irá desarrollando conforme a nuestra historia individual. Los cristianos compartimos un mismo nacimiento, un mismo propósito, pero distintos procesos de vida.

La sabiduría divina

Mardoqueo, sabiamente, conduce a Ester. Sus intervenciones, vigilancia, acciones, trajeron luz a las situaciones, descubriendo maquinaciones adversas. La sabiduría fue obrando, paso a paso, en la historia de Ester. Así también es la acción del Espíritu en los creyentes: una acción dinámica, nueva y protectora a beneficio del propósito eterno en la iglesia.

Los creyentes contamos con el más fiel consejero, como atestigua el mismo Señor: *«Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, él os enseñará todas las cosas, y os recordará todo lo que yo os he dicho»* (Jn. 14:26).

La formación

«Y cada día Mardoqueo se paseaba delante del patio de la casa de las mujeres, para saber como le iba a Ester, y como le trataban. Y cuando llegaba el tiempo de cada una de las doncellas para venir al rey Asuero, después de haber estado ya doce meses conforme a la ley acerca de las mujeres (porque así se cumplía el tiempo de sus purificaciones, esto es, seis meses con óleo de mirra, y seis meses con perfumes aromáticos y afeites de mujeres) entonces la doncella venía así al rey. Todo lo que ella pedía se le daba, para venir con

ello de la casa de las mujeres hasta la casa del rey» (Est. 2:11-13).

Diríamos que Ester fue llevada a un concurso de belleza, donde recibió distintos tratamientos antes de ir a la presencia del rey.

¡Qué maravillosa figura! Una joven-cita huérfana, sin ninguna posibilidad en la vida, es preparada para ser reina. La figura es fácil de entender. El Espíritu Santo nos guiará por un proceso de santificación, a fin de perfeccionar a la esposa, durante el tiempo que sea necesario. El Espíritu Santo la cuida, favorece el proceso y le otorga todos los dones para ir al encuentro del Amado.

El amor todo lo puede

El Señor Jesucristo, en su venida, tomará una esposa santa para sí. La atracción de su amor levantará a la iglesia de la tierra y a los muertos en Cristo para reunirnos con él. Por ello, la santificación por amor es un proceso de importancia al cual debemos atender.

Existen en el Antiguo Testamento tres personajes a quienes, por sus características, Dios los arrebató de entre los hombres. Ellos movieron el corazón de Dios para irrumpir en la historia humana, tomándolos para Sí, por amor. El testimonio de sus vidas es un ejemplo para nosotros.

El primero es Enoc (Gén. 5:22; Heb. 11.5). Fue traspuesto para no ver muerte y no fue hallado, porque lo traspuso Dios. Su rasgo principal es que «caminó con Dios» y tuvo testimonio de haber agradado a Dios.

El segundo es Moisés (Heb. 3:5, 11:23-28), quien «fue fiel en toda la casa de Dios». Rehusó identificarse con los deleites temporales del mundo, prefiriendo el vituperio de Cristo que los tesoros de los egipcios, porque tenía puesta la mirada en el galardón. El cuerpo de Moisés fue disputado con el diablo (Jud. 9), como señal de lo importante que fue para Dios este siervo. De alguna manera, él representa a aquellos que han muerto en Cristo y que serán tomados de entre los muertos.

Por último, el profeta Elías. Existen dos exclamaciones propias de él que caracterizan su vida y su servicio. La primera es: «*Vive Jehová en cuya presencia estoy*»; y la segunda: «*Siento un vivo celo por Jehová Dios de los ejércitos*». Estas son características de la vida de aquellos que, pronto, en un abrir y cerrar de ojos, serán arrebatados para encontrarse con su amado Señor en el aire, y así estar para siempre con él.

«*Y el Espíritu y la esposa dicen: Ven. Amén; sí, ven, Señor Jesús*» (Apoc. 22:17,20).

LEGADO

El Espíritu Santo nos ayuda en nuestras debilidades, pero se contrista por nuestros pecados.



No contristéis al Espíritu

C.H. Spurgeon

“

Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención”.

– Efesios 4:30.

El hecho de que el Espíritu Santo pueda ser contristado es una evidencia de su personalidad. Es difícil pensar que una influencia o una simple manifestación espiritual sean contristadas. Solo puede serlo una persona, y así evidenciamos que él es una persona distinta en la santa Trinidad.

Al mismo tiempo, nuestro texto revela la estrecha conexión que hay entre el Espíritu Santo y el creyente. Él tiene un tierno interés en nosotros, puesto que le entristecen nuestras imperfecciones y nuestros pecados. No es un Dios que reine en solitario aislamiento, antes bien, el bendito Espíritu entra en contacto íntimo con nosotros, hace observaciones tan minuciosas y tiene consideraciones tan tiernas que puede ser contristado por nuestras fallas e insensateces.

¡Qué maravilla es que se diga que la Deidad se contrista por las faltas de seres tan insignificantes como somos nosotros! Tal vez no debamos entender la expresión literalmente, como si el

Espíritu pudiera ser afectado por algo semejante a la tristeza humana, pero no renunciamos a la seguridad consoladora de que él siente el mismo interés profundo por nosotros que el interés que siente un padre por un amado hijo rebelde. ¿No es esto algo maravilloso?

El Espíritu puede ser contristado

Ese Espíritu tierno y amoroso que ha asumido la tarea de vivificarnos, de ser el educador de la nueva vida que ha implantado en nosotros; ese instructor divino, a quien Jesús ha enviado como nuestro guía y maestro permanente, puede ser contristado.

Nosotros podemos contristar a ese Espíritu cuyo divino poder es vida para nuestras almas, luz para nuestro entendimiento y consuelo para nuestros corazones. El fuego celestial puede ser sofocado; el viento divino puede ser resistido; el bendito Paraclito puede ser menospreciado.

La pena amorosa del Espíritu es atribuible a *su carácter santo y a sus perfectos atributos*. Él no puede menos que sentirse agraviado por la inmundicia, y en especial, sentirse contristado por la presencia del mal en quienes son objeto de sus afectos.

Espíritu de santidad

El pecado, en cualquier forma, es desagradable para el Espíritu de santidad, pero el pecado de su propio pue-

blo le es aflictivo en grado sumo. Él no desechará a su pueblo, pero aborrece el pecado, y máxime cuando anida en los hijos de Dios. Él no sería el Espíritu de verdad si aprobara lo falso en nosotros: no sería puro si no lo contristara lo que es impuro.

No podríamos creer que él es santo si mirara complacido nuestra impiedad; tampoco pensaríamos que fuera perfecto si nuestra imperfección fuera considerada por él sin desagrado. Siendo él el Espíritu Santo, el Espíritu de santidad, entonces todo lo que en nosotros resulte ser deficiente en relación a Su naturaleza, tiene que contristarle. Él nos ayuda en nuestras debilidades pero se contrista por nuestros pecados.

Él se contrista con nosotros *por nuestra propia causa*, pues sabe cuánta miseria nos ocasiona el pecado. Él se contrista porque ve cuánta disciplina merecemos y cuánta comunión perdemos. Él ve anticipadamente cuán amargamente lamentaremos el día en que nos apartamos de Jesús y fuimos traspasados por muchas aflicciones, y se contrista porque mira desde antes la aflicción del rebelde.

Un alto precio

Tal es la santa tristeza del Espíritu de Dios por aquellos en quienes mora: es por causa de ellos que está apesadumbrado. Además, es sin duda *por causa de Jesucristo* que el Espíritu

está contristado. Nosotros somos la compra hecha por la muerte de Jesús en la cruz. Él nos ha comprado con un precio muy caro y debe poseernos enteramente para Sí; y si no nos posee por completo como suyos, podemos entender muy bien que el Espíritu de Dios esté contristado.

Hemos de glorificar a Cristo en estos cuerpos mortales; el único fin y el propósito de nuestro deseo han de ser coronar con joyas esa cabeza que una vez fue coronada de espinas; es lamentable que fallemos tan frecuentemente en este servicio racional.

Jesús merece lo mejor de nosotros: cada herida suya, cada dolor que soportó y cada gemido que escapó de sus labios es un motivo para una perfecta santidad y devoción a su causa; y, debido a que el Espíritu Santo nos ve siendo tan traidores al amor de Cristo, tan falsos para con Su sangre redentora, él se contrista por nosotros, porque deshonramos al Señor.

Por causa de la iglesia

¿Me equivocaría si dijera que se contrista por nosotros *en razón de la iglesia*? ¡Cómo podrían ser útiles algunos de ustedes si solo vivieran de conformidad con sus privilegios! Cómo ha de contristarse de seguro el Consolador por nuestra causa, cuando nos pone como atalayas, pero no vigilamos y la iglesia es invadida; cuando nos asigna la comisión de ser

sembradores de la buena semilla, y nuestras manos están llenas a medias, o cuando esparcimos hierbas malas y cizaña en lugar de sembrar el buen trigo. ¡Cómo ha de contristarse por nosotros porque no tenemos esa ternura de corazón, esa vehemencia de celo, esa entrega de alma que deberíamos exhibir!

Cuando la iglesia de Dios sufre daño por causa nuestra —el Espíritu ama a la iglesia y no puede soportar verla despojada, ver que sus hijos anden descarriados, que sus hijos heridos no reciban socorro, y que sus corazones quebrantados no sean sanados— porque somos indiferentes en el servicio y descuidados en nuestra labor por la iglesia—, el Espíritu Santo está muy entristecido.

Hay un rol que cada uno debe desempeñar, y si esa función queda vacante, entonces la iglesia pierde, el reino de Cristo sufre daño, y el Espíritu Santo se contrista. La falta de oración, la carencia de amor y de generosidad, podrían ser pérdidas para la iglesia de Dios y, por tanto, el amoroso Espíritu de Dios se aflige.

Además, el Espíritu de Dios deplora los defectos de los cristianos, en razón de los pecadores, pues Su oficio es convencer al mundo de pecado, de justicia y de juicio; pero el rumbo de muchos creyentes es directamente contrario a esta obra del Espíritu. Sus vidas no convencen al mundo de pe-

cado, antes bien tienden a consolar a los transgresores en su iniquidad.

Creyentes sin celo

Algunos creyentes son citados por los mundanos como una excusa para sus pecados. Personas abiertamente profanas dicen: «¡Miren a esos cristia-

su nivel correcto, fuera demasiado débil para adaptarse al caso.

El punto en que fallamos es éste: somos limitados en poder espiritual, somos miserables en gracia, tibios en celo, magros en devoción, vacilantes en fe. No estamos estrechos en nuestro Dios; estamos estrechos en nues-

¡Qué maravilla es que se diga que la Deidad se contrista por las faltas de seres tan insignificantes como somos nosotros!

nos! Hacen esto y lo otro, y ¿por qué no podríamos hacerlo nosotros?».

La obra del Espíritu es convencer al mundo de justicia, pero muchos creyentes convencen al mundo de lo opuesto. El Espíritu de verdad convence al mundo del juicio venidero; pero cuán pocos le ayudamos en esa obra. Vivimos y hablamos como si no hubiera un juicio venidero. Indiferentes a la ruina de la humanidad, muchos creyentes viven como mundanos, y están tan lejos de ser cristianos como lo están los infieles.

No puedo imaginar a una iglesia llena del ardor de los primeros discípulos, que permanezca por largo tiempo sin testificar sensiblemente a las masas. Yo sé que el incremento de nuestra población es inmenso; pero no voy a aceptar la idea de que el celo de la iglesia de Dios, si estuviera en

tras entrañas. Creo que el Espíritu de Dios es contristado por muchas iglesias, a causa de los pecadores que reciben escasos cuidados. Quisiera que este pensamiento nos moviera a todos a enmendar nuestros caminos.

Lo que contrista al Espíritu

En segundo lugar, veamos las causas deplorables *que motivan que el Espíritu Santo se contriste*.

Nuestro hablar

El contexto nos sirve de ayuda. Aprendemos que *los pecados de la carne, la inmundicia y la maledicencia* de cualquier tipo, lo contristan. Noten el versículo precedente: «Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca». Cuando un cristiano se habitúa a hablar de manera poco comedida, cuando se deleita en cosas indecorosas, aunque no cometa

alguna inmundicia externa, el Espíritu de Dios no se agrada de él.

El Espíritu Santo descendió sobre nuestro Señor como paloma. Una paloma se deleita en los ríos de agua pura, pero rehúye toda inmundicia. Si vivimos en el Espíritu, no obedeceremos los deseos de la carne; quienes caminan en pos de la carne no saben nada del Espíritu.

La amargura

Según el versículo 33, da la impresión de que el Espíritu es contristado si albergamos *amargura*, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. Si en la iglesia hay disensiones, si un hermano habla mal de otro, el amor está ausente y el Espíritu de amor no estará presente por largo tiempo.

Si hubiera algún sentimiento maligno entre nosotros, o alguna raíz oculta de amargura, aunque aún no viniese a turbarnos, puede ser quitada y destruida de inmediato.

No tengo conocimiento de una cosa así de abominable, y me siento feliz de poder decirlo; confío en que caminamos juntos en unidad y concordia de corazón; y si alguien está consciente de alguna amargura, aunque fuera en una medida muy pequeña, ha de deshacerse de ella, para que el Espíritu de Dios no sea contristado por su culpa, y contristado por la iglesia de Dios debido a esa persona.

La mundanalidad

No hay duda de que el Espíritu se contrista cuando ve en los creyentes algún grado de *amor al mundo*. Su celo es provocado por ese tipo de amor impío. El Espíritu de Dios nos da a nosotros, los creyentes, gozos y consuelos abundantes; y si nos ve que damos la espalda a todas esas cosas para nutrirnos de la vanidad que satisface a los mundanos, siendo un Dios celoso, consideraría eso como un gran desprecio contra Él.

¿Acaso el Buen Pastor adereza la mesa con exquisiteces del cielo y nosotros preferimos las algarrobas que comen los cerdos? Cuando pienso en un cristiano que trata de encontrar su gozo allí donde los mundanos hallan los suyos, difícilmente puedo imaginar que sea cristiano, o, si lo fuera, de seguro contrista grandemente al Espíritu de Dios.

¿Qué dice el mundo? «Aquí está uno de esos cristianos que viene en pos de un poco de felicidad. Su religión no le proporciona ningún gozo; por eso busca un poco de dicha en otra parte». ¡Qué calumnia es ésa! Y sin embargo, si viviéramos en comunión con Jesús, no deseáramos lo que el mundo ofrece.

La mundanalidad, en cualquiera de sus formas, es muy aflictiva para el Espíritu de Dios: no solo el amor al placer, sino el amor a las ganancias.

La mundanalidad de los cristianos al imitar al mundo en el vestido, en el lujo o en la conversación, tiene que desagradar al Espíritu de Dios, porque él nos define como un pueblo único, y nos dice: «Salid de en medio de ellos, y apartaos... No toquéis lo inmundo». Y luego nos promete: «Y seré para vosotros por Padre, y vosotros me seréis hijos e hijas»; pero, si no nos apartamos, ¿cómo podríamos esperar que no sea contristado?

Yo creo que el Señor se deleita en ver a su pueblo rompiendo vínculos afectivos, renunciando a los placeres carnales y saliendo del campamento para llevar el vituperio de Cristo. Su corazón se goza cuando ve que su iglesia abandona el mundo. Le agrada que sus santos sean enteramente para Él. Él es un Salvador celoso, y de aquí que Pablo diga que laboraba para presentar a la iglesia «*como una virgen pura a Cristo*» (2ª Cor. 11:2).

Jesús quiere que nuestra pureza para él sea guardada más allá de toda sospecha, que lo escojamos como nuestra única posesión y dejemos las cosas ruines de la tierra a quienes las aman. Evitemos contristar al Espíritu Santo en razón de la mundanalidad.

La incredulidad

Además, el Espíritu de Dios es contristado grandemente por *la incredulidad*. Querido amigo, ¿qué podría contristarte más que tu hijo sospe-

chara de tu veracidad? Ninguno de nosotros, como padres, ha llegado todavía a ese punto, y sin embargo, ¿habrá llegado a ese punto nuestro Dios? ¡Ay!, hemos despreciado al Espíritu de verdad al dudar de la promesa y desconfiar de la fidelidad de Dios. De todos los pecados, seguramente éste ha de ser uno de los más provocadores. Dios perdone nuestra incredulidad, y que nunca más contristemos a su Espíritu.

Ingratitud y altivez

Adicionalmente, el Espíritu es contristado sin duda por nuestra *ingratitude*. Cuando Jesús nos revela su amor, si abandonáramos la comunión para hablar con ligereza y olvidar ese amor; o si, cuando hemos sido sanados de la enfermedad, no estuviéramos más consagrados que antes; o si, cuando nuestro pan nos es dado, nuestro corazón no agradeciera al dador generoso; o si, siendo preservados en medio de la tentación, falláramos en magnificar al Señor, seguramente, en cada caso, esto sería un pecado que provoca a Dios.

Cuando agregamos altivez a la ingratitude, entonces contristamos gravemente al Espíritu. Cuando un pecador salvado se vuelve altivo, insulta a la sabiduría del Espíritu de Dios por su necedad; pues, ¿qué podría haber en nosotros para estar orgullosos? El orgullo es una hierba mala que crece en cualquier tipo de suelo. Algunos

de nosotros somos tan insensatos que Dios no puede exaltarnos, pues si lo hiciera, pronto sufriríamos de mareos y caeríamos por tierra.

La falta de una persona, y aún más, la falta de una iglesia, contrista grandemente al Espíritu. Si nos jactáramos de ser generosos o ricos, todo habría terminado para nosotros. Dios abate a quienes se exaltan.

Falta de oración

Hay muchos males que contristan al Espíritu de Dios, pero permítanme mencionar aquí, particularmente, uno: *la falta de oración*. ¡Cuán poco oramos algunos de nosotros! Querido hermano, ¿qué hay en cuanto al aposento y a la secreta comunión con Dios? ¿Qué hay en cuanto a la lucha pidiendo por tus hijos? ¿Has intercedido por la conversión de tu vecino?

La falta de oración de esta época es uno de sus peores signos, y la falta de oración de algunas iglesias hace pensar como si Dios estuviera a punto de retirarse de la tierra, pues en muchas de ellas hay dificultades para lograr que un suficiente número de hombres asista a las reuniones de oración para siquiera continuarlas.

Hay iglesias que han renunciado a las reuniones de oración porque nadie asiste. ¡Ah!, si éste fuera un caso solitario, debería ser lamentado cotidianamente, pero hay muchísimas asambleas en una condición seme-

jante; que el Señor tenga misericordia de ellas y de la tierra en la que ellas moran.

Renuentes al deber

Para resumir, pienso que el Espíritu Santo será contristado si nos entregáramos a *cualquier pecado conocido*, sea cual sea; y voy a agregar a eso que también será contristado, si alguno de nosotros descuida cualquier deber conocido, sea cual sea.

No puedo imaginar que el Espíritu de Dios se agrade con un hermano que conoce la voluntad de su Maestro y no la hace: la Palabra dice que recibirá muchos azotes. Seguramente, dar azotes ha de ser el resultado de la pesadumbre de parte de la mano que administra tales azotes.

Si alguna persona o alguna iglesia conoce el bien y no lo hace, para ella o para la iglesia constituirá un pecado; y aquello que podría no ser pecado en el ignorante, se convertirá en pecado para los que son bendecidos con la luz. Cuando tu conciencia es iluminada y conoces la senda del deber, no puedes decir: «Otros deben hacerlo». Si tu juicio es iluminado, apresúrate y no te demores en guardar los mandamientos de Dios.

Obediencia a la palabra

Cuando una iglesia reclama para sí el derecho de juzgar cuáles han de ser sus propias ordenanzas, en lugar de

reconocer voluntariamente que no tiene ningún derecho de elección de ningún tipo, sino que está obligada a obedecer la voluntad revelada de su gloriosa Cabeza, peca terriblemente. El deber de los cristianos es escudriñar la Palabra para conocer cuáles son las ordenanzas que Dios ha establecido, y una vez estando claros de la regla de la Palabra, nos corresponde obedecerla.

Hagan de la iglesia un cuerpo que conste únicamente de hombres que profesan ser creyentes en el Señor Jesús, y que la iglesia diga a todos los demás: «Ustedes no tienen arte ni parte en este asunto mientras no sean convertidos», y entonces habría un término a la alianza profana entre la iglesia y el mundo, que es ahora una plaga que marchita a nuestra tierra.

Hemos de estar dispuestos a renunciar a nuestras más preciadas opiniones al mandato de la Escritura, cualesquiera que pudieran ser. Si la forma de gobierno de nuestra iglesia, si las doctrinas que sostenemos, no son justificadas por la palabra de Dios, debemos ser fieles a nuestras conciencias y a la Palabra, y estar dispuestos a cambiar según la luz que hemos recibido.

Debemos renunciar a la idea de esteotipar cualquier cosa; debemos estar listos en todo momento, a hacer justo aquello que el Espíritu de

Dios quiere que hagamos, pues, si no lo hacemos, no podemos esperar que el Espíritu de Dios permanezca en nosotros.

¡Oh, que tengamos un corazón que sirva a Dios perfectamente, de tal manera que esté dispuesto a renunciar a toda autoridad, antigüedad, gusto y opinión, y a inclinarse únicamente ante el Espíritu Santo! ¡Que la iglesia camine todavía según la simple regla del Libro de Dios y de conformidad con la luz del Espíritu, y entonces cesaremos de contristar al Espíritu Santo!

Consecuencias de contristar al Espíritu

En tercer lugar, brevemente, veremos el lamentable resultado *de que el Espíritu Santo sea contristado*.

Estando en el hijo de Dios, eso no conducirá a su entera destrucción, pues ningún heredero del cielo puede perecer; tampoco le será retirado completamente el Espíritu Santo, pues el Espíritu de Dios nos es dado para que permanezca con nosotros para siempre. Pero los efectos nocivos son, sin embargo, sumamente terribles.

Un doloroso vacío

Mis queridos amigos, ustedes perderían *todo sentido de la presencia del Espíritu Santo*: Él se ocultaría de ustedes, y no habría rayos de con-

suelo, ni palabras de paz, ni pensamientos de amor; sino un doloroso vacío que el mundo no puede llenar jamás. Si contristarán al Espíritu Santo perderían todo *gozo cristiano*; la luz les sería retirada, y tropezarían en la oscuridad; los propios medios de la gracia que una vez fueron un deleite, no tendrían ninguna música para su oído.

Si contristarán al Espíritu Santo, perderían todo *poder*; si oraran, sería una oración muy débil y no prevalecerían con Dios. Cuando leyeran las Escrituras, no serían capaces de adentrarse en los misterios de la verdad. Cuando subieren a la casa de Dios no experimentarían nada de ese gozo, de ese correr sin cansarse. Si el Espíritu se apartara, y la *seguridad* se fuera, se presentarían las dudas, y surgirían las preguntas y las sospechas. «¿Amo al Señor o no? ¿Soy suyo o no lo soy?».

Sin fruto

Si contristarán al Espíritu de Dios, la *utilidad* cesaría: el ministerio no rendiría ningún fruto; su trabajo sería estéril; hablarles a otros y trabajar para otras almas sería como sembrar al viento. Si una iglesia contrista al Espíritu de Dios, las plagas vendrán y marchitarán su hermoso jardín. Sus días de solemne asamblea no tendrían ninguna aceptación en el cielo; sus hijos, aunque todos ellos fueran ordenados como sacerdotes para

Dios, no ofrecerían ningún incienso aceptable.

Si la iglesia contrista al Espíritu, no proyectaría ninguna luz en las tinieblas circundantes; ningún pecador sería salvado por su medio; habría solo unas cuantas adiciones a su número; sus misioneros cesarían de ir a otros lugares; tinieblas y muerte reinarían donde todo era gozo y vida.

Hermanos, que el Señor evite que, como iglesia, contristemos a su Espíritu, y haga que seamos celosos, veraces, unidos y santos, de tal forma que podamos retener entre nosotros a este huésped celestial que nos abandonaría si lo contristamos.

El sello de Dios

Por último, el texto usa un argumento personal para prohibirnos que contristemos al Espíritu: «Con el cual fuisteis sellados para el día de la redención».

¿Qué significa eso? Se pone un sello sobre algo para *atestiguar su autenticidad y autoridad*. ¿Por qué medio puedo saber si soy realmente un cristiano por profesión? Dios pone un sello sobre cada santo genuino: la posesión del Espíritu Santo.

Si tienes al Espíritu Santo, ése es el sello que Dios ha puesto sobre ti para indicar que eres su hijo. Entonces, si contristaras al Espíritu, perderías tu sello y serías como una comisión con

el sello suprimido; serías como una nota escrita a mano sin una firma. Tu evidencia de ser hijo de Dios es el Espíritu, pues «si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él».

Si no tienes en ti al Espíritu, ésa sería para ti una evidencia decisiva de que no perteneces a Cristo, pues carecerías del cimiento de la verdadera seguridad, que es la presencia permanente, el poder y el gozo del Espíritu.

Para ser testigos

Además, el sello se usa para *testificación*; y eso es lo que es, no solo para ti, sino para los demás. Le dices al mundo que te rodea: «Yo soy un hijo de Dios». ¿Cómo habrían de saberlo? Ellos solo pueden juzgar como tú te debes juzgar, es decir, mirando el sello. Si posees el Espíritu de Dios, pronto verán que eres un cristiano; y si no lo tienes, sin importar qué otra cosa tengas, pronto se descubriría que eres una falsificación.

Toda la historia de la iglesia demuestra que, cuando ella ha sido llena del Espíritu de Dios, el mundo ha confesado su linaje porque no podía evitar hacerlo; pero cuando la iglesia ha perdido su entusiasmo y fervor, su fuego celestial, entonces el mundo se ha preguntado: «¿Qué más es esta iglesia cristiana que una sinagoga de los judíos o que la compañía de Mahoma?».

El mundo conoce el sello de Dios; y si no lo ve, despreciará a esa sociedad que pretende ser la iglesia de Dios, pero que no tiene la marca ni la prueba de ello. La misma verdad es válida en todos los casos; por ejemplo, en el tema del ministerio. Hermano, si profesas ser llamado a cualquier forma de ministerio, la única manera de demostrar tu llamamiento sería mostrando el sello del Espíritu; cuando ese sello está estampado en tu labor, no requerirás ningún otro reconocimiento.

Así es como el cristiano ha de forzar el reconocimiento de su status y llamamiento. Los caballeros de la cruz tienen que ganar sus reconocimientos en el campo de batalla. La única manera en que un cristiano puede ser identificado como tal, o en que la iglesia puede ser reconocida como una iglesia de Dios, es teniendo el Espíritu de Dios, y en el nombre del Espíritu de Dios hacer proezas para Dios, y dar gloria a Su santo nombre.

Para preservar

Además, se usa también un sello para *preservar*, así como para atestiguar. Nosotros sellamos nuestras cartas para guardar su contenido. El sello es puesto para seguridad. La única manera por la que puedes ser reconocido como cristiano es por poseer realmente el poder sobrenatural del Espíritu Santo, así, también, la única manera por la que puedes ser

preservado siendo cristiano, y preservado de regresar al mundo, es por continuar poseyendo el mismo Santo Espíritu.

¿Qué serían ustedes si el Espíritu de Dios se fuera? El Espíritu Santo no es un lujo para ti, sino una necesidad: tienes que poseerlo, o morirás; tienes que poseerlo, o estás condenado. Aquí interviene esa promesa de que el Señor no nos dejará ni nos abandonará; pero si nos dejara para siempre, no quedaría ningún sacrificio más por el pecado; sería imposible renovarnos otra vez para arrepentimiento, pues habríamos crucificado al Señor de nuevo, y lo habríamos puesto en una visible vergüenza.

Un susurro interior

No contristes, entonces, a ese Espíritu de quien eres tan dependiente: Él es tu credencial como cristiano; él es tu vida como creyente. Valóralo más allá de todo precio; habla de él con reverencia; descansa en él con una confianza amorosa e infantil; obedece sus amonestaciones más delicadas; no descuides sus susurros interiores; no te apartes de sus enseñanzas contenidas en la Palabra; y has de estar tan presto a sentir su poder como las olas del mar están dispuestas a ser movidas por el viento, o una pluma a ser transportada por la brisa. Has de estar listo a cumplir sus órdenes.

Así como los ojos de la sierva están atentos a su ama, así tus ojos han de estar atentos a él. Cuando conozcas su voluntad, no hagas preguntas, no cuentes los costos, enfrenta todos los peligros, desafía todas las circunstancias. La voluntad del Espíritu ha de ser tu ley absoluta, independientemente de tu propio juicio o de tu propio gusto.

Una vez que percibas claramente la voluntad del Espíritu, obedece instantáneamente, y trata de seguir percibiendo esa voluntad. No cierras intencionalmente tus ojos a un deber desagradable, ni cierras tu entendimiento a una verdad que no es bien recibida. No te apoyes en tu propio parecer; considera que solo el Espíritu Santo puede enseñarte, y que aquellos que no quieren ser enseñados por él, han de permanecer siendo necios irremediabilmente.

¡Oh, que la iglesia de Dios reconozca el poder del Espíritu Santo! Si solo obedeciera al Espíritu, si el Espíritu libre del Dios vivo gobernara por doquier; si, solo abrazara la libertad con la que Cristo la ha hecho libre, y caminara según su Palabra y según las enseñanzas del Maestro celestial, entonces podríamos oír el grito del Rey en nuestro medio, y las almenas del error caerían. ¡Que Dios lo envíe, y que lo envíe en nuestro tiempo, y suya será la alabanza! Amén.

Condensado de www.spurgeon.com.mx

Epístola a los Colosenses

A.T. Pierson

Palabra clave: En Cristo - Completos**Versículo clave: 2:10.**

Esta carta muestra a los santos, completos en Cristo Jesús, y sus privilegios y posición, sus derechos y riquezas, en él. Primero, es afirmada la divinidad de Cristo como la imagen de Dios; luego, su dignidad como Cabeza del cuerpo y su identidad con la iglesia y, por tanto, la consiguiente dignidad de la iglesia y la identidad con él y en él, con el Padre. La preeminencia es de él, la verdadera plenitud de la existencia, de la cual participan, en él, todos los santos.

Colosas era una ciudad de Frigia, cercana a Laodicea. La iglesia no había sido fundada por Pablo, ni visitada por él. Epafras, un colosense, relató la condición de la iglesia a Pablo, durante su primer encarcelamiento en Roma, y éste escribió a los colosenses en el año 63 de nuestra era.

Esta epístola es la compañera de Efesios. En ambas, el tema son los santos en Cristo Jesús. En Efesios, ellos son vistos "en él"; en Colosenses, "completos en él". En una y en otra, son tratados los mismos temas sublimes: el misterio de Dios, la soberanía de Cristo, el viejo y el nuevo hombre.

Esta epístola es marcada por su Cristología. Su estilo es polémico, combatiendo el misticismo semi-judaico,

un falso ascetismo, el gnosticismo, el culto a los ángeles y la sabiduría engañosa. Había una antigua controversia acerca de la plenitud de la existencia y la fuente de todas las otras vidas. Aquí se demuestra que esta plenitud es preeminentemente de Cristo y, en él, es también de todos los santos, como miembros del cuerpo del cual él es la Cabeza. Esto implica plenitud de conocimiento (1:9), de vida, de posición y estado espiritual, de resurrección y de gloria.

Divisiones:

1:1-12. Salutación y oración.

1:13-2:5. La doctrina de la epístola: Los santos en Cristo.

2:6-4:6. Exhortaciones prácticas basadas en la enseñanza doctrinal.

4:7-18. Saludos finales.

El principio del pecado y del dolor en la historia humana

Cada pasaje de las Sagradas Escrituras tiene su propia grandeza; no obstante, hay capítulos que destacan por sobre los demás por lo que apelan al corazón humano.

G. Campbell Morgan

Génesis 3

El tercer capítulo de Génesis es uno que, tanto la filosofía como la ficción modernas, niegan o ignoran. Incluso muchos creyentes dudan respecto a si la narración es literal o alegórica.

Para contestar, diremos que, considerarlo totalmente como una alegoría, es destruir los fundamentos de la historia bíblica. El hombre no puede ser tratado como algo imaginario, sin negar por completo todo el relato acerca de la raza que encontramos a través de la literatura.

Por otra parte, considerar el capítulo como meramente literal, es negarle gran parte de su valor. Por ejemplo, si ha de tomarse en un sentido estrictamente literal, entonces la promesa que en él encontramos se interpretaría literalmente, es decir, la serpien-

te hiriendo el calcañar del hombre, y éste hiriendo la cabeza de la serpiente. Nadie acepta esto como el significado de tal afirmación.

El hecho es que ésta es la historia de acontecimientos reales, pero de una manera espiritual. La maldad espiritual se representa aquí adquiriendo forma física, para alcanzar al hombre espiritual por medio de su ser físico; de aquí que debamos considerar los hechos físicos, sin perder de vista el valor espiritual.

El pecado

Aquí, en la Biblia, nos encontramos por vez primera con el pecado, lo mismo que con Satanás. El mal ya había sido reconocido tres veces en los dos primeros capítulos: en el versículo 2 del capítulo 1, en el relato de la inundación que se desbordó sobre

la tierra; en la comisión que se le da al hombre en el capítulo 2, de labrar el huerto y de guardarlo; y en la limitación de la libertad que le fue impuesta, simbolizada en el árbol plantado en medio del huerto.

Este capítulo es, pues, una revelación microcósmica del principio del pecado en la historia humana. Hemos avanzado mucho desde esta sencillez primitiva, pero no hemos recorrido ninguna distancia partiendo de su significado esencial. Vivimos en medio de una vida complicada; pero aquí todo lo complejo se ve en su forma más sencilla. Aquí hay una descripción de las fuentes del veneno que ha emponzoñado la vida humana, de su método, de su actividad y de sus consecuencias en la historia humana.

Satanás

Surgen en esta narración tres personalidades: Dios, Satanás y el hombre. En el primer capítulo solo vimos a dos: a Dios y al hombre. Aquí aparece la otra, y las tres son contempladas guardando cierta relación entre sí. Al estudiar el capítulo, entonces, hay tres cosas que hemos de observar: el método satánico, la experiencia humana, y la acción divina como consecuencia de la rebelión humana.

Al examinar el método satánico, necesariamente hemos de ver, primero, la personalidad que está detrás de él. No me propongo detenerme a dis-

cutir en cuanto al hecho de tal personalidad. Puedo decir, de paso, que para mí es siempre un hecho curioso descubrir que, aquellos que afirman la bondad esencial de la naturaleza humana, niegan la existencia de Satanás.

Si no creemos en la personalidad del diablo, entonces se hace evidente que todo lo siniestro, todo lo diabólico, lo detestable y lo bestial en la vida humana, han surgido de la naturaleza humana. Pero la Biblia no toma esa posición; por el contrario, afirma desde este capítulo, y confirma en toda su enseñanza subsecuente, que todo lo que ha arruinado a la humanidad, no se originó en la vida humana.

Mas, consideremos la personalidad aquí descrita. Nuestra lectura empieza con la frase: «*Pero la serpiente era astuta*» (3:1). Debo decir que esta traducción me parece un tanto desafortunada, porque, cada vez que decimos «*la serpiente*», pensamos en una víbora, y ese no es el significado esencial de la palabra hebrea. Es cierto que la palabra se usa como víbora, pero tiene otra significación, y se usa en otras aplicaciones.

La palabra *nawchasch*, literalmente, significa «uno que brilla». La personalidad que se aproximó a la madre de todos nosotros en el huerto, no fue una serpiente, evidentemente inferior a ella, sino algo resplandeciente, aparentemente superior. Cuando

Desde el momento en que el hombre comienza a hablar con el diablo, está a punto de ser vencido.

Pablo menciona este asunto, dice entre otras cosas: «*La serpiente engañó a Eva*» (2ª Cor. 11:3), y poco después, refiriéndose a lo mismo, expresa: «*El mismo Satanás se disfraza como ángel de luz*». Creo que bajo este disfraz se apareció a Eva.

Ahora, observemos su método. Deseo hacer notar, entre paréntesis, que no pretendo desperdiciar tiempo repartiéndolo la culpa entre el hombre y la mujer. Ellos eran uno. Un poco más adelante, en este mismo libro, en el capítulo 5, se dice: «*Varón y hembra los creó... y llamó el nombre de ellos Adán*» (v. 2).

La tentación

El Tentador se aproximó al hombre con una pregunta: «*¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto?*». Su segunda línea de ataque fue una negación definida: «*No moriréis*». Y la última fue una afirmación: «*...sino que sabe Dios que el día que comiereis de él, seréis como Dios*».

La significación de la pregunta reside en que despierta una duda acerca de la bondad de Dios. Aun cuando tiene

forma de interrogación, no entrañaba un mero deseo de investigar; el enemigo no estaba pidiendo información. Las palabras eran una sátira con una sugestión oculta: la de que Dios había sido demasiado severo al prohibirles algo. Para decirlo de otro modo, la primera sugestión del mal hecha al hombre, fue en el sentido de que la restricción era demasiado severa.

Hallamos esta misma primera sugestión de maldad en el relato de la tentación del Señor, cuando el enemigo dice: «*Si eres el Hijo de Dios*», ¿por qué estás hambriento? El diablo intentaba lanzar un reproche a la bondad de Dios.

Entonces, la mujer contestó: «*Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis*».

La respuesta de la mujer sugiere la idea de que, desde el momento en que el hombre comienza a hablar con el diablo, está a punto de ser vencido. La afirmación de la mujer no era completamente exacta. Dios había dicho: «*No comeréis*»; pero ella añadió a las palabras de Dios estas otras: «*...ni le tocaréis*». Siempre acontece que, cuando el hombre se inclina a desafiar la restricción, la interpreta más allá de lo que la palabra de Dios dice.

La siguiente línea de ataque fue una directa negación de la palabra de Dios: «*No moriréis*». Primero, el diablo sugiere que la restricción es dura, y luego sugiere que ésta es imaginaria.

El mal está siempre envuelto en contradicciones; primero, dice que la restricción es dura, y después afirma que no hay tal restricción, y que Dios no quiere decir lo que dice.

Una vez más, volvemos al desierto, y oímos la voz del enemigo diciendo: «*Si eres Hijo de Dios, échate abajo*». En otras palabras: «Búrlate de los planes divinos, y no morirás; los ángeles te cuidarán; la restricción es imaginaria».

La afirmación final del mal fue: «*Sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal*». Esta declaración es una blasfemia contra Dios, sugiriendo que la restricción es injusta.

De esta manera, el enemigo afirma abiertamente que, la razón por la cual Dios impuso la prohibición sobre el hombre, fue porque no deseaba que éste estuviera en un plano de igualdad con Él.

Eso es tanto como sugerir el egoísmo en el corazón de Dios; que el hombre debe ser mantenido fuera de un reino que le pertenece como derecho inherente.

De nuevo, pasamos al desierto, y oímos la palabra final de Satanás a Jesús: «*Todo esto te daré, si postrado me adores*», o lo que es lo mismo, la sugestión de que Dios lo está manteniendo fuera de su Reino, o lo está obligando a entrar en él por senderos marcados de sufrimiento.

Todo ello no es únicamente el huerfo de Edén. En todo tiempo, Satanás usa los mismos métodos. Primero, hace creer que la prohibición es severa. Tal es el espíritu del pensamiento de los hombres en el día de hoy. El diablo les sopla al oído que rompan con todas las barreras, lazos y limitaciones, en la medida en que se les tiene restringidos.

Su segunda línea de ataque también es poderosa. Se afirma que el castigo no es una realidad, que los hombres no sufren realmente si quebrantan la ley. Se les amonesta para que se desembaracen de su temor al reino de lo moral, y lo desechen, porque no hay causa para tener miedo.

La última blasfemia contra Dios todavía se proclama y se lleva a efecto. Se afirma que la idea de Dios como el Gobernador moral implica el mantener a los hombres alejados de aquello a lo cual tienen derecho de poseer.

Tennyson dice: «Podemos hacer frente a las mentiras cuando ellas son falsedades evidentes; pero, con las verdades a medias, es diferente, porque

es arduo luchar contra ellas». Con esto, quiero expresar que, lo pavoroso de esta historia, reside en que cada palabra de Satanás contiene un elemento de verdad.

Dios había dicho: «Vosotros no». Y el enemigo sugiere que en ello se encuentra la ausencia de bondad de Dios. En eso está el peligro.

Cuando el enemigo dijo: «No moriréis», contemplando la vida humana desde el nivel de lo físico, parecería verdad que ellos no murieron físicamente el día que comieron del fruto prohibido; mas, lo cierto es que murieron – murieron espiritualmente.

El significado final de la muerte no es que el espíritu se separe del cuerpo, sino que el espíritu se separe de Dios. Las palabras del enemigo fueron una verdad a medias, es decir, verdad en el reino de la materia, pero falsedad en el reino de la Deidad.

Finalmente, la sugestión de que Dios estaba manteniendo al hombre fuera de cierto reino, fue evidentemente correcta; pero se omitía el hecho de que Dios tiene el anhelo apasionado de levantar al hombre hasta una asociación íntima con Él, en toda la plenitud de la experiencia.

Pasamos ahora a considerar la experiencia humana revelada en el conocimiento que Eva tenía, y estrechamente ligados a ella, consideremos también las consecuencias.

La caída

Su conocimiento asoma claramente en las palabras de la narración, allí donde dice: «Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría».

Tal vez el comentario que arroja más luz sobre esta declaración es el que se encuentra en los escritos de Juan, cuando se refiere a «*los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida*» (1ª Juan 2:16).

La palabra «*vanagloria*» pudo tener una traducción más literal, para darnos una idea más acertada de su significado; por ejemplo, fanfarronería.

Eva vio que el árbol era «*bueno para comer*». Eso fue la lujuria de la carne. Vio que era «*agradable a los ojos*». Eso fue la lujuria de los ojos. Y vio que era «*árbol codiciable para alcanzar sabiduría*», o lo que es lo mismo, la vanagloria de la vida.

Como respuesta a ese conocimiento, Eva comió del fruto. Éste fue un acto volitivo, que tuvo como base la vista. Ella vio, y su voluntad obró de acuerdo con lo que vio. Parece ser éste un procedimiento digno de confianza, pero nunca es así. Es solo una acción matemática de la mente, y no importa cuán correctos sean los descubrimientos, en último análisis nunca son exactos.

Justicia y bondad de Dios

No paso por alto que las matemáticas se describen como las ciencias exactas. En mis días de estudiante, aprendí geometría por el método de Euclides, y en dicho estudio fue necesario comenzar por definiciones. Una de las primeras definiciones fue: «Un punto es una posición sin magnitud». Analizadla, y veréis que ello es un absurdo, un imposible. Otra era de la misma naturaleza: «Línea es longitud sin anchura», lo que es igualmente absurdo.

Una ilustración aún más sencilla de lo inadecuado de las matemáticas es la afirmación de que 2 más 2 son 4. Esto es perfectamente exacto; pero suponiendo que al hacer vuestro cómputo omitáis con vuestra vista alguna cantidad, entonces vuestras matemáticas no solo fallarán, sino que aun pueden ser motivo de maldición para vosotros.

«Y vio la mujer», y todo lo que vio fue lo que la hizo tomar una determinación. En ese momento, sin embargo, no estaba tomando en cuenta la Cantidad suprema, que era Dios. De aquí que su acto constituyó un acto de rebelión y, en consecuencia, de suicidio. El resultado inmediato fue el miedo. Este es el punto en el cual el miedo entra en la narración bíblica en la historia humana. El miedo se apoderó de ellos, el abatimiento los anonadó, y una abrumadora conciencia de lo físico los llenó de vergüenza.

Llegamos luego a la revelación de Dios, cuando él obra después de la rebelión del hombre. La Escritura dice que él «*se paseaba en el huerto, al aire del día*». La palabra hebrea que se usa aquí es *ruach*, y aunque a veces exige que se traduzca como «viento», es una palabra que se usa constantemente como espíritu; siendo así, yo traduciría: «...*al espíritu del día*».

Al observar la manera cómo procede Dios, vemos, en primer término, que ella vindica eso que el diablo había desafiado, es decir, Su bondad. Además, reafirma lo que el diablo había negado: la severidad de Dios. Y por último, contradice la blasfemia contra Dios, de que era injusto.

La bondad de Dios fue vindicada en justicia. Es esta una historia sencilla, pero sublime, de cómo Dios estuvo presto para escuchar en cada caso lo que había de decirse, aceptar las declaraciones, y reconstruir los hechos desde sus orígenes.

Su primera pregunta a Adán llama la atención: «*¿Dónde estás tú?*». No es ésta la voz del policía que arresta al criminal, sino más bien el lamento del padre que ha perdido a su hijo. La respuesta del hombre, indicando que tiene miedo porque está desnudo y que por ello se ha escondido, es muy reveladora. Él se ha enterado de lo físico, de lo material, cuando se di-

vorció de lo espiritual; de allí nace su vergüenza.

La investigación divina continúa. «¿Quién te enseñó que estabas desnudo? ¿Has comido del árbol de que yo te mandé no comieses? Y el hombre respondió: La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí». Esta respuesta de inexplicable villanía, revela hasta dónde puede llegar un hombre que no ha sido tocado por Dios, en sus acciones cobardes hacia un compañero.

Adán fue el primer villano, y desde entonces ha habido una larga sucesión de ellos. Una observación más cuidadosa nos dice, en último análisis, que el hombre no está echando la culpa sobre la mujer, sino sobre Dios mismo. «La mujer que me diste...». De acuerdo con esta afirmación, si la mujer había constituido la ocasión, Dios había sido el responsable por ponerla al lado del hombre.

La investigación sigue adelante, y Dios se vuelve a la mujer para decirle: «¿Qué es lo que has hecho?». La respuesta de ella fue, de nuevo, un intento de echar la responsabilidad sobre otro. «La serpiente me engañó, y comí». Dios no argumentó con ella; no la reprendió. Sabía que lo que había dicho Eva era así, y que lo que Adán había afirmado, era verdad.

Observad, sin embargo, que Dios no pregunta nada acerca de Satanás, y

que tampoco argumenta nada con éste. Pronuncia sobre él una sentencia, en lenguaje de un simbolismo revelador: «Sobre tu pecho andarás, y polvo comerás todos los días de tu vida». Este es, necesariamente, un lenguaje figurado.

En todo este proceso, se revela la justicia perfecta de Dios. Él escuchó todo lo que tenía que decirse. La bondad fue vindicada en justicia. La severidad fue ejercitada en paciencia. Sobre la serpiente, la maldición; sobre el hombre, la sentencia suavizada con la misericordia; y sobre la mujer, la sentencia radiante de esperanza.

La sentencia sobre el hombre fue en el sentido de que la dignidad del trabajo había de conservarse, aunque habría de ir acompañado de fatiga y pena, que, después de todo, son benéficas en su intención y en sus resultados.

Sobre la mujer, la sentencia fue en el sentido de que, más allá del misterio de los dolores del parto, con el tiempo, vendría el camino de la victoria sobre el enemigo, y la consecuente liberación y restauración del hombre.

El hecho final en la revelación es el de la soberanía divina, y el motivo oculto, es el de la gracia. Tal es el relato bíblico del principio del pecado y del dolor en la historia humana.

Condensado de
«Grandes Capítulos de la Biblia», Tomo I.

El partimiento del pan

Watchman Nee

Lecciones básicas sobre la vida cristiana práctica

"De manera que cualquiera que comiere este pan o bebiere esta copa del Señor indignamente, será culpado del cuerpo y de la sangre del Señor" (1ª Cor. 11:27).

Doble significado de la cena del Señor

1. Recordar al Señor

La idea central de la cena del Señor es recordar al Señor. El Señor mismo dice: «*Haced esto en memoria de mí*» (1ª Cor. 11:24). Él sabe cuán olvidadizos somos nosotros. No pensemos que, porque hemos recibido tal abundancia de gracia y experimentado una redención tan maravillosa, no seríamos capaces de olvidarlo.

Es claro que nosotros, los hombres, somos en extremo olvidadizos. Por esta razón, el Señor desea especialmente que hagamos memoria de él, rememorando lo que él hizo por nosotros. Él quiere que le recordemos, no solo porque somos tan olvidadizos, sino también porque él necesita nuestra memoria. En otras palabras, él no quiere que lo olvidemos.

El Señor es tan grande y tan trascendente que podría permitir que le olvidemos, sin sentirse molesto por ello. Sin embargo, él dice: «*Haced esto en memoria de mí*», revelando así cuán condescendiente es, al desear nuestro recuerdo.

Que el Señor quiera que le recordemos plenamente, es una expresión de su amor. Es la demanda del amor, no de la grandeza. En relación a su grandeza, él podría permitirse ser ignorado por nosotros; pero su amor insiste en que lo recordemos. Si no lo hacemos, sufriremos gran pérdida.

Si no lo recordamos a menudo, si no tenemos siempre su redención delante de nosotros, fácilmente nos conformaríamos al mundo y nos volveríamos contenciosos con los hijos de Dios. Así, pues, no solo necesitamos recordarlo, sino que somos beneficiados por ello. Este es un medio por el

cual podemos recibir la gracia del Señor.

Te disocia del mundo

Un valor cardinal en hacer memoria del Señor radica en el hecho de que el mundo no podrá ejercer su influencia continua sobre ti. Si cada cierto tiempo recuerdas cómo el Señor murió por ti y te recibió, el mundo no tendrá cabida en ti.

Puesto que mi Señor sufrió la muerte aquí en el mundo, ¿qué puedo decir? Si ellos no hubieran matado a mi Señor, aún habría lugar para que ellos tuviesen parte conmigo. Pero ahora que ellos lo mataron, y su muerte es exhibida delante de mí, no tengo nada más que decir, y no hay manera de comunicarme con el mundo; no puedo tener ninguna comunión con él. Este es uno de los principales beneficios del partimiento del pan.

Agranda tu corazón

Otra ventaja de hacer memoria del Señor es que, todo aquel que lo recuerda, ensanchará naturalmente su corazón para abarcar a todos los hijos de Dios. Será natural ver que, todos los que han sido redimidos por la sangre de Jesús, son amados del Señor; por lo tanto, ellos también son el deleite de nuestro corazón.

Si todos nosotros estamos en el Señor, ¿podría haber celos, agravios y falta de perdón? ¿Cómo podrías con-

tender con el hermano o la hermana que se sienta junto a ti en la cena del Señor? ¿Qué derecho tendrías a exigir cualquier cosa de tu hermano, cuando recuerdas cuántos de tus pecados han sido perdonados? Si insistes en los pleitos, en los celos y en un espíritu no perdonador, no serás capaz de recordar al Señor.

Cada vez que nos reunimos para hacer memoria de él, somos invitados a considerar una vez más su amor. Debemos reexaminar la corrupción del mundo y el juicio que pesa sobre éste, y debemos renovar la convicción de que todos los redimidos son amados por el Señor.

Cada vez que recordamos al Señor, evocamos su amor: cómo él nos amó y se entregó a sí mismo por nosotros. En amor, él descendió al Hades, por nosotros. El mundo ya ha sido juzgado, porque crucificó al Señor. Pero todos los hijos de Dios son nuestro deleite, porque han sido comprados por la sangre de Cristo. ¿Cómo po-

Es claro que nosotros, los hombres, somos en extremo olvidadizos. Por esta razón, el Señor desea especialmente que hagamos memoria de él.

dríamos abrigar algún pensamiento de odio hacia ellos?

2. Proclamar la muerte del Señor

La cena del Señor tiene un segundo significado. Éste se encuentra en 1ª Corintios 11.26: «Así, pues, todas las veces que comiereis este pan, y bebiereis esta copa, la muerte del Señor anunciáis hasta que él venga». Necesitamos proclamar o exhibir la muerte del Señor, para que todos puedan verla.

Desde un punto de vista humano, Dios no ha dejado nada en la tierra que no sea la cruz. La obra de la cruz está consumada, pero el hecho de la cruz permanece. Sin duda, muchos hoy han olvidado la cruz, pero no los creyentes, quienes siempre la tenemos presente. Cada día del Señor, vemos, en la cena del Señor, la cruz del Hijo de Dios exhibida en la iglesia. Esto sugiere que, aunque podamos olvidar todo lo demás, debemos recordar el hecho de su muerte por nosotros.

Significado de la mesa del Señor

1ª Corintios 11 habla de «la cena del Señor», con su doble significado de recordar al Señor y exhibir su muerte. El capítulo 10 del mismo libro, sin embargo, habla de ella como «la mesa del Señor». Aunque el tema es el mismo, se utilizan dos designaciones diferentes.

Tal como la cena del Señor, la mesa del Señor también tiene un doble significado. «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo? El pan que partimos, ¿no es la comunión del cuerpo de Cristo? Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan» (1ª Cor. 10:16-17). Aquí, la mesa tiene un doble significado: primero, comunión, y luego, unidad.

1. Comunión

El significado primero y principal de la mesa del Señor es comunión. «La copa de bendición que bendecimos, ¿no es la comunión de la sangre de Cristo?». Así como 1ª Corintios 11 se adentra en la relación del creyente con el Señor, 1ª Corintios 10 trata de las relaciones entre los creyentes.

El capítulo 11 no alude a nuestras mutuas relaciones; simplemente subraya el recordar al Señor y el proclamar la muerte del Señor hasta Su venida. Por otro lado, el capítulo 10 hace hincapié en la comunión de la sangre de Cristo.

Vemos que «la copa de bendición que bendecimos» es singular en número. Todos bebemos de la misma copa; ello demuestra el sentido de la comunión. A menos que las personas sean muy íntimas, no beberán de una misma copa. El hecho de que muchos

hijos de Dios beben de la misma copa, atestiguan plenamente del aspecto de la comunión de la mesa del Señor.

En el capítulo 11, nuestros ojos se centran en el Señor, pero en el capítulo 10 vemos a nuestros hermanos. Los vemos en la copa. La copa es para beber, y todos bebemos de la misma copa. En este acto, tenemos comunión con todos los hijos de Dios. Seamos cuidadosos, para no perder de vista este aspecto.

2. Unidad

El segundo significado de la mesa del Señor es la unidad. «*Siendo uno solo el pan, nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo; pues todos participamos de aquel mismo pan*» (v. 17). En esto, vemos de inmediato que todos los hijos de Dios son uno.

El pan tiene diferentes enfoques en los capítulos 10 y 11. Mientras que, en el capítulo 11, el Señor dice: «*Esto es mi cuerpo que por vosotros es partido*» (v. 24)), lo cual hace referencia al pan como su cuerpo físico, en el capítulo 10, el versículo 17 dice: «*Nosotros, con ser muchos, somos un cuerpo*», esta vez sugiriendo que la iglesia es el pan.

Así como necesitamos aprender ante el Señor los diversos significados de su mesa como memoria, exhibición y comunión, así también debemos aprender su significado como unidad.

Todos los hijos de Dios son uno, así como el pan es uno. Solo tenemos un pan, y cada creyente toma un trozo. Si fuese posible reunir todos los trozos rotos, podríamos restaurar el pan completo. El pan repartido entre muchos todavía sería un pan, si sus partes se reunieran.

Físicamente, después que el pan es partido y comido, no se puede recuperar. Pero, espiritualmente, aún somos uno en el Espíritu Santo. El Espíritu Santo nos da a Cristo; sin embargo, Cristo está todavía en el Espíritu Santo. Lo que se ha distribuido es el pan; pero, en el Espíritu Santo, todavía somos uno, y nunca hemos sido divididos. Así, en el partimiento del pan, confesamos que los hijos de Dios somos uno. Este pan significa la unidad de la iglesia de Dios.

La cuestión básica de la mesa del Señor está en el pan. Cuando los hijos de Dios se reúnen para partir el pan, si el pan solo los representara a ellos mismos, sería demasiado pequeño; no debería ser partido. El pan debe incluir toda la iglesia, abarcando a todos los hijos de Dios sobre la tierra, así como a aquellos de tu localidad particular. Por lo tanto, él testifica acerca de la unidad de todos los hijos de Dios.

El principio de recibir

¿Cómo, entonces, recibimos a las personas en la mesa del Señor? Re-

cuerden, no somos nosotros los afi-
triones; en el mejor de los casos, so-
mos los porteros. Se trata de la cena
del Señor, la mesa *del Señor*, no de
nosotros.

Nosotros no tenemos autoridad so-
bre la mesa del Señor. Tenemos el
privilegio de comer del pan y beber
de la copa, pero no podemos impe-
dir su acceso a otros. A ningún redi-
mido por la sangre de Jesús podemos
prohibirle llegar a la mesa del Señor.
No tenemos autoridad para detener
a nadie. No podemos rechazar a que-
nes el Señor ha recibido, ni rechazar
a aquellos que pertenecen a él.

Solo podemos rechazar a quienes el
Señor rechaza, o a aquellos que no
pertenecen a él. El Señor solo rechaza
a aquellos que no le pertenecen,
o que aún permanecen en pecado.
Puesto que su comunión con el Se-
ñor ya ha sido interrumpida, nosotros
tampoco tenemos comunión con
ellos.

Notemos que nosotros somos del
Señor, y no tenemos ninguna autori-
dad para hacer algo distinto a lo que
el Señor hace. Cada vez que partimos
el pan, debemos pensar en todos
aquellos que han recibido la gracia;
no solo en aquellos hermanos y her-
manas que conocemos personalmen-
te. Si los creyentes reunidos en la
mesa en un lugar rehúsan tener co-
munión con los hijos de Dios en otros
lugares, ellos son muy exclusivos.

Esperamos que los corazones de los
hermanos y hermanas en cada lugar
se abran hasta que puedan aceptar a
todos los hijos de Dios. Permanecer
en el terreno de la iglesia, no es dis-
criminar a otros hijos de Dios, como
si algunos fuesen bienvenidos y otros
no. Cada vez que nos acercamos a la
mesa del Señor, se nos permite verlo
a él una vez más; así nuestros cora-
zones se amplían nuevamente para
incluir a todos los hijos de Dios.

El corazón es un gran misterio. No se
expande por sí mismo; por el contra-
rio, al más mínimo descuido, tiende
a hacerse más estrecho. Su inclina-
ción natural es a contraerse, no a
ampliarse. Pero, en el momento de
recordar al Señor, nuestros corazones
deben ensancharse.

Participando dignamente

*«De manera que cualquiera que
comiere este pan o bebiere esta copa
del Señor indignamente, será culpa-
do del cuerpo y de la sangre del Se-
ñor. Por tanto, pruébese cada uno a
sí mismo, y coma así del pan, y beba
de la copa. Porque el que come y bebe
indignamente, sin discernir el cuerpo
del Señor, juicio come y bebe para sí»
(1ª Cor. 11.27-29).*

Es extremadamente importante que
comamos y bebamos dignamente.
Esto no se refiere a la dignidad de las
personas, sino a la manera en que
ellas participan. La dignidad de un

creyente reside en ser redimido por la preciosa sangre. Si él no pertenece al Señor, no puede tener participación alguna en la mesa del Señor. Pero, aquellos que son del Señor, no deben comer indignamente, es decir, recibir ocasionalmente el pan sin discernir el cuerpo del Señor.

Por lo tanto, exhortamos a los jóvenes creyentes a recibir el pan respetuosamente. Tú estás calificado delante de Dios para participar, pero el

Señor te pide que te examines. Debes discernir que se trata del cuerpo del Señor; por lo tanto, no debes tomarlo livianamente. Debes recibirlo de manera digna, porque es el cuerpo del Señor. Puesto que él da su sangre y su carne para ti, necesitas recibirlos con respeto. Nadie, sino un necio, despreciaría lo que Dios le ha dado.

Spiritual Exercise, Chapter 21.
Christian Fellowship Publishers

Nada que dar

Cierto día, un misionero predicaba en medio de una tribu indígena, hablando de cómo el Salvador expió nuestros pecados en la cruz.

Entonces, un nativo de noble aspecto preguntó emocionado: «¿Jesús también murió, por mí, un hombre pobre? Verdad es que no tengo ninguna tierra para dar a Jesús, pero quiero darle mi perro y mi monedero». El misionero le dijo que el Señor Jesús esperaba de él otra cosa.

«Entonces le doy mi perro, mi monedero y mi manta de lana. Soy pobre, y no puedo darle más. Esto es todo lo que tengo». El predicador le dio la misma respuesta.

Entonces el hombre bajó tristemente la cabeza y reflexionó. De repente, dirigió una mirada confiada al misionero, y le dijo: «Aquí está mi persona entera. ¿La acepta Jesús?». ¡Qué alegría para el misionero cuando este hombre fue a los pies de Jesús y entregó su vida a Aquel que lo había amado y se había dado a sí mismo por él!

El melón del desierto

En el desierto de Namibia (África), existe un fruto parecido a un melón, que es cosechado para ser consumido. Su presencia en semejante lugar nos sorprende. ¿Dónde encuentra el agua indispensable para crecer en un lugar tan árido? Los botánicos que lo estudiaron hallaron que no solo posee raíces muy largas que van hasta la más pequeña veta de agua, sino que también absorbe la más mínima humedad del aire.

Este ejemplo nos anima a permanecer cerca de Jesús, manantial de aguas vivas, a fin de llevar fruto para Dios.

Tomado de la Web

Solo en el Señor hay salvación para nosotros, para el matrimonio y para los hijos.

Los roles del esposo y la esposa

César Coneglian

Introducción - La aflicción del pueblo de Dios

En el libro de Éxodo, Egipto representa la aflicción. Allí, el pueblo de Dios amasaba el barro, pisando en círculos, sin poder escapar, como ocurre a veces con los matrimonios y las familias. Cuando se pierde el propósito, pareciera que la vida no es otra cosa sino trabajar. Podemos tener el gozo del Señor en una reunión; sin embargo, volvemos a casa y regresamos al mismo afán.

No sabemos cómo salir de los problemas conyugales, ni cómo resolver los conflictos de nuestros hijos. Tenemos el Espíritu de Dios habitando en nosotros, pero no logramos oír su voz para conducirnos en estas situaciones. Amasamos el barro, día tras día, mes a mes, año tras año.

¡Cuán triste es la situación de algunas familias! Entonces, el texto de Éxodo dice que Dios vio la aflicción

de su pueblo. Llega un momento en que Dios el Padre nos visita, y él levanta a algún amigo o un hermano, que nos habla, como Moisés. Moisés representa a Cristo, y el Faraón representa al diablo, aquel que mantiene al pueblo en esclavitud.

Las estrategias de Faraón

Moisés le dice a Faraón: «*Deja ir a mi pueblo a celebrarme fiesta en el desierto*» (Éx. 5:1). El pueblo de Dios necesita alegrarse. Dios no nos creó para la depresión, ni menos para la ansiedad. Él no creó a nuestros hijos para el pecado, sino para vivir en alegría; pero esa fiesta es en el desierto, en esta tierra, en un lugar que no es nuestra habitación.

«*¿Quién es Jehová, para que yo oiga su voz y deje ir a Israel? Yo no conozco a Jehová, ni tampoco dejaré ir a Israel*» (v. 2). Satanás se levanta contra el Señor. Él desprecia al Señor y desprecia a su pueblo. Él solo quiere

esclavizarnos. Desde el capítulo 5 al capítulo 10, Moisés se presenta cinco veces ante Faraón, y cada vez, éste levanta un impedimento para que el pueblo salga.

1. La carga del trabajo

«Y mandó Faraón... a sus capataces, diciendo: De aquí en adelante no daréis paja al pueblo para hacer ladrillo, como hasta ahora; vayan ellos y recojan por sí mismos la paja. Y les impondréis la misma tarea de ladrillo que hacían antes» (v. 6-8).

La primera estrategia del diablo contra las familias es aumentarles el trabajo. Es una batalla espiritual fácil de percibir. Nos endeudamos comprando cosas que son prescindibles, aumentamos el trabajo, para poder pagar y, con eso, tenemos menos tiempo para el Señor.

2. La presencia del mundo

La segunda cosa que el diablo hace es decir: *«Andad, ofrezcad sacrificio a vuestro Dios en la tierra» (8:25)*, es decir, dentro de Egipto. Satanás está proponiendo: *«Amen a Dios, pero no necesitan apagar el televisor, ni el computador; continúen disfrutando las cosas de esta vida».*

Nosotros somos forasteros en tierra extraña. Fuimos comprados por una Sangre preciosa. No podemos amar a Dios en la reunión, y tener luego el mismo comportamiento del mundo.

Satanás ha ganado ventaja sobre muchos de nosotros, porque hemos amado a Dios dentro de Egipto.

Pero Moisés dice a Faraón: *«Camino de tres días iremos por el desierto, y ofreceremos sacrificios a Jehová nuestro Dios» (8:27)*. El número 3 en la Biblia nos recuerda la muerte y la resurrección. Moisés está diciendo: *«Nuestra adoración tiene que pasar por la cruz».* En nuestra casa no entrará nada que Dios no apruebe.

3. Un servicio en la periferia

Entonces, Faraón levanta el tercer impedimento. *«Yo os dejaré ir para que ofrezcáis sacrificios a Jehová vuestro Dios en el desierto, con tal que no vayáis más lejos» (v. 28)*. Es decir: *«No vayan muy lejos; adoren en la periferia de Egipto».*

Hermanos, el evangelio es un camino estrecho, un camino que requiere de mucha firmeza. Por ejemplo, los padres no deberían dar a sus hijos un celular con internet antes de los quince años. Ellos no tienen estructura para filtrar lo que están viendo, y comienzan a navegar en sitios indebidos, siendo alimentados por cosas perniciosas.

El camino de Dios para la familia es un camino estrecho. Tenemos que ser muy firmes, y decir a nuestros hijos: *«Presten atención, ustedes van a la escuela a aprender lenguaje, matemática y geografía; pero quienes les*

enseñarán sobre la vida, por medio de la Palabra, somos nosotros». Sobre el matrimonio, sobre el dinero, sobre el sexo, quienes enseñan son el padre y la madre.

¡Cuántos de nosotros hemos entregado la educación de nuestros hijos al mundo! Y el domingo venimos a adorar a Dios, y es una adoración en la periferia, donde las cosas del mundo están contaminando la mente de nuestros hijos.

4. Separando a los hijos

En el capítulo 10, Faraón levanta el cuarto impedimento. *«¿Cómo os voy a dejar ir a vosotros y a vuestros niños? ¡Mirad cómo el mal está delante de vuestro rostro! No será así; id ahora vosotros los varones, y servid a Jehová, pues esto es lo que vosotros pedisteis»* (v. 10-11). «Ustedes pueden ir, solo que los niños se quedan». Porque el testimonio de Cristo, de la próxima generación, son nuestros hijos, y el diablo no quiere que ellos adoren junto con nosotros.

¿Cómo se presenta este impedimento en nuestro hogar? ¿Cuándo fue la última vez que leímos la Biblia en familia? ¿Cuándo fue la última vez que ministramos una palabra a los hijos? ¿Cuánto cuidas del devocional de ellos? ¿Cuánto tiempo dedicas a tus hijos, para ver qué está entrando en la mente de ellos? Si las respuestas

son negativas, es porque Satanás ha puesto tal impedimento.

Hombre, ¿cuándo fue la última vez que leíste la Biblia completa? ¿Cuándo fue la última vez que Dios puso un depósito en ti? ¿O tu testimonio es añejo, porque no hay nada nuevo que Dios te haya hablado? Madre, ¿cuántas veces, durante este año, tu hijo te oyó dar un testimonio de una ministración que el Espíritu de Dios te haya dado?

Satanás se ha levantado en nuestro medio, poniendo obstáculos para que las familias no adoren a Dios. ¿Sabías que, si dedicas una hora de lectura al día, leerías la Biblia seis veces en un año? Si no creemos que esto es eterno, le hemos dado poco valor.

Cierta vez, el príncipe de los predicadores, Charles Spurgeon, visitó algunas iglesias en África, y se sorprendió por el nivel de conocimiento espiritual de muchos hermanos, sin instrucción de libros. Queriendo saber cómo habían alcanzado aquello, los hermanos le respondieron que ellos dedicaban seis horas diarias a leer las Escrituras.

Madre, tú necesitas contar las historias de la Biblia a tus hijos; tienes que rescatar los principios bíblicos para tus hijos. Marido, debes edificar a tu esposa. Cuando identificas un problema en ella, necesitas buscar en la Palabra y ministrarla al corazón de

ella. Pero, antes, necesitas identificar tus propios pecados, buscando en la Escritura y dejando que ella lave tu corazón. No confiemos en un psicólogo, porque esto es eterno, y es suficiente para nosotros.

Si tenemos un problema, nuestros hijos tienen un problema. Estemos de rodillas, oremos todos los días, oremos en familia, oremos como matrimonio, busquemos al Señor, ayunemos, hasta que él hable a nuestros corazones. Necesitamos buscarlo, porque él se deja hallar.

5. *Viviendo sin recursos*

El último impedimento. «*Id, servid a Jehová; solamente queden vuestras ovejas y vuestras vacas; vayan también vuestros niños con vosotros*» (10:24). Ellos podían ir, pero sin sus bienes. ¿Por qué? Porque Satanás sabe que nosotros necesitamos recursos para vivir. Entonces, él traerá confusión en medio de la familia, por causa del dinero.

Redefiniendo los roles

Ahora, veamos cómo los textos que hablan de los roles nos muestran estos cinco impedimentos. Como ya hemos visto, en Génesis 1, Dios definió los papeles; en Génesis 2, Dios amplió el entendimiento de los roles, hablando de la mujer como auxiliadora. Pero en Génesis 3 viene la caída. Entonces, el Señor redefine los papeles.

En Génesis capítulo 3, Dios redefine los papeles. Todo lo que vemos en Génesis 3, aparecerá en todos los demás pasajes que hablan sobre la familia.

Cuando la Biblia menciona un asunto por primera vez, éste se mantendrá a través de toda la Escritura. Por ejemplo, en Génesis 22:2, aparece por primera vez la palabra *amor*. «*Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré*». Aquí, el sentido de la palabra *amor* es de un padre entregando a su único hijo. ¿Y cuál es el sentido del amor en toda la Biblia? El Padre entregando al Hijo.

En Génesis capítulo 3, Dios redefine los papeles. Todo lo que vemos en Génesis 3, aparecerá en todos los demás pasajes que hablan sobre la familia.

El rol de la mujer - cuidar de personas

«*A la mujer dijo: Multiplicaré en gran manera los dolores en tus preñeces; con dolor darás a luz los hijos; y tu deseo será para tu marido, y él se enseñoreará de ti*» (Gén. 3:16).

¿Qué vemos aquí, además de los dolores de parto? ¿Qué vemos, más allá de la mujer siendo gobernada por el marido? Que los roles de la mujer están ligados a personas. Cuando la mujer se casa, ella está ligada al hijo y está ligada al marido; la mujer edifica al hijo, y auxilia al marido.

En el Nuevo Testamento vemos que las solteras sirven al Señor, cuidando de personas. Y, sobre las viudas, la carta a Timoteo dice que, a fin de que sean cuidadas por la iglesia, ellas deben tener más de sesenta años, haber lavado los pies de los apóstoles, haber cuidado de sus familias y de los necesitados, y haber sido esposas de un solo hombre. Todo está relacionado con personas.

Mujer, no te dejes seducir por el trabajo, porque la vocación que Dios te dio es cuidar de personas. Así de simple. Por eso, cuando un niño tiene problemas, lo primero que se investiga es la conducta de la madre en su casa.

La mujer puede cometer muchos errores que agitan la casa. Si yo llego a casa furioso, y mi esposa está bien, la casa permanecerá tranquila. A la inversa, si yo llego tranquilo, pero mi esposa está irritada, el hogar se verá alterado, porque el ambiente de la casa es la función de la mujer.

En la familia, quien cuida de las personas es la mujer. *«La mujer sabia*

edifica su casa; mas la necia con sus manos la derriba» (Prov. 14:1). No se edifica a un sofá, a una silla o a una alfombra – se edifican personas. Entonces, la serenidad de la mujer está directamente relacionada con la madurez de los miembros de la familia.

Una hogar con una esposa tranquila es una casa que madura; una esposa agitada paraliza el crecimiento de su casa. Por eso, ellas no pueden ser sobrecargadas. Nosotros no podemos poner muchas tareas sobre ellas. La esposa toca los dos extremos: los hijos y el marido. Si ella sufre una descompensación, se descompensan ambos extremos. Si el hombre se descompensa, él cargará el peso sobre ella.

La mujer, como madre, es el primer elemento que protege a los hijos. Por proximidad, un error de una madre trae más daño sobre un hijo que un error del padre. Hermana, esta es tu vocación: cuidar de personas. No dejes que Satanás te robe; no permitas que desvíe tu atención de tus hijos y de tu marido. Pelea esta batalla; mantén la conciencia de tu gran llamamiento. Este papel se mantendrá a lo largo de toda la Biblia.

Los roles del hombre

«Y al hombre dijo: Por cuanto obediste a la voz de tu mujer, y comiste del árbol de que te mandé diciendo: No comerás de él; maldita será la tie-

rra por tu causa; con dolor comerás de ella todos los días de tu vida. Espinos y cardos te producirá, y comerás plantas del campo. Con el sudor de tu rostro comerás el pan hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella fuiste tomado; pues polvo eres, y al polvo volverás. Y llamó Adán el nombre de su mujer, Eva, por cuanto ella era madre de todos los vivientes» (Gén. 3:17-20).

1. La provisión material

El rol de la mujer está vinculado a personas: el marido y los hijos. Ahora, Dios ha dado otros papeles al hombre. Primero, el proveer. El dinero es responsabilidad del hombre. Si un varón no gana lo suficiente, o no se desempeña bien en el trabajo, no está listo para casarse. Si yo no lidio bien con el dinero, mi esposa estará en una situación de angustia.

Los hombres no estaríamos dispuestos a sufrir dolores de parto, pero sí somos capaces de sobrellevar el sudor del rostro. La provisión de la casa es muy pesada para la mujer, porque no es un papel que Dios le haya dado a ella. 1ª Juan 5 dice que los mandamientos de Dios no son gravosos. Cuando intentamos asumir una función que no nos corresponde, aquello va a ser pesado. ¿Por qué algunas mujeres en nuestro medio están tan sobrecargadas? Porque están cumpliendo papeles que no les pertenecen.

Con seis años de casado, yo debía un año de salario. Mi esposa no lo sabía, hasta que tuve que decírselo. Si hay alguien que sabe administrar bien el dinero, es ella. Entonces, cuando tuve esa crisis, yo fui tentado a poner el gobierno financiero en manos de ella. Pero el Espíritu no me lo permitió. Los hombres tenemos que aprender a tratar con el dinero. No puedes endeudarte; en lo posible, tienes que aprender a ahorrar.

2. La edificación del hogar

El rol del marido es atender a su esposa y a sus hijos. Sin embargo, su provisión no es solo financiera, aunque comienza con el dinero. Dios le dio al hombre un segundo papel. Adán mira a su esposa, y la llama Eva. En la Escritura, un nombre representa el carácter. Salomón significa *pacífico*. En Cantares, nosotros tenemos la *sulamita*. Sulamita es el femenino de Salomón. Ella tuvo la cara de su marido, y se volvió pacífica, porque él era pacífico.

La Biblia dice que el esposo le da un nombre a su esposa; esto significa formar el carácter de ella.

Si hay alguna cosa que te gustaría que tu esposa fuese, algo que ella aún no haya alcanzado, eres tú quien tienes que formar eso en ella. Es tu responsabilidad formar el carácter de tu esposa. Una esposa problemática habla de un hombre problemático.

Siempre pensé que el rol de una mujer era difícil, hasta que descubrí cuáles eran los papeles del hombre. Todo lo que ocurre en una casa es nuestra propia responsabilidad. Nosotros recibimos de parte de Dios el poder de cambiarlas, de darles un nombre nuevo.

En el primer matrimonio de la Biblia, Adán mira a Eva y dice: «Ella será llamada Varona, por cuanto del Varón fue tomada». Ella tiene la misma cara de él.

En otro matrimonio, en Cantares, la sulamita tiene el mismo nombre de Salomón. Y en el último matrimonio, en Apocalipsis, el Señor le muestra a Juan la esposa del Cordero. Aquella novia tenía la cara del Cordero (Apoc. 21:10-11).

Nuestras esposas tienen nuestra cara. Necesitamos que, en medio de la congregación, se levanten hombres que lean la Escritura, que juzguen las situaciones que ocurren en la casa, que juzguen su propio corazón, que confiesen pecados y ayunen, hombres que se levanten en esta generación, porque somos nosotros los que responderemos por la casa.

A menudo, ocurre que las mujeres oran más. Gracias a Dios que ellas oran; pero es triste que nosotros no oremos. El hombre debe proveer oración, y proveer la Palabra. La mujer es santificada por el lavamiento del

agua. Pero no solo eso. Él debe proveer cuidado. Efesios capítulo 5, hablando de la mujer, dice que nadie aborreció jamás su propia carne, antes bien, la alimenta y la cuida.

3. La provisión afectiva

En el original griego, la palabra *cuidar* significa confortar, dar calor. La mujer necesita calor, necesita afecto. ¡Qué necesidad tienen ellas de ser cuidadas y mimadas! El hombre debe proveer cariño, porque nosotros representamos a Cristo. Tenemos que aprender a que no falte nada en nuestra casa. Hay periodos en que nuestras mujeres tienen un humor inestable; necesitamos proveer esa paciencia que tanto necesita la casa. Debemos proveer el diálogo.

Un día, leyendo la Biblia, saltó a mis ojos la historia de Ana, y Dios habló conmigo. Elcana amaba a Ana, su mujer, su escogida. Pero Ana tenía un dolor: ella era estéril. Y Elcana le dijo: «¿No soy yo mejor que diez hijos?». Él no entendía a su mujer, no comprendía la mente de ella; no comprendía que el amor por un hijo es diferente del amor por el marido.

¡Cuántas aflicciones tienen nuestras esposas, que nosotros no comprendemos! Nosotros no nos comunicamos, no las oímos, no oramos con ellas, simplemente porque tenemos otra opinión. El hombre debe proveer todas estas cosas. ¡El Señor derrame su gracia sobre nosotros!

Aferrándonos al Señor

Tú no necesitas de un psicólogo. Necesitamos de la Palabra. Durante una crisis matrimonial, yo pedí ayuda al Señor. Y, un día, abrí Génesis, y leí el pasaje de Jacob en el valle de Jaboc. Jaboc significa desbordamiento, efusión. Algo saldrá hacia afuera. Allí, Jacob tuvo una crisis con Dios.

El nombre de Jacob era «agarrador». Él se aferró a muchas cosas: se asió de su madre, se tomó de la bendición, agarró los rebaños. Pero llegó un momento en que tuvo que dejarlo todo, y se quedó solo con Dios, y luchó con el ángel. Un agarrador resiste a Dios. Él se aferró a muchas cosas, pero no se agarró de Dios. El ángel quería bendecir a Jacob, pero él resistía, hasta que el ángel lo hirió.

Hermanos, algunos de nosotros tendremos que ser heridos para tomar la vía correcta. ¡Qué triste es cuando Dios hiere a un hijo, porque nos asimos a muchas cosas, pero no a él! No nos aferramos a la verdad que él nos quiere ministrar.

Es triste cuando los matrimonios se distancian, y Dios los hiere. Pero, si tú estás herido, tómate del ángel, aférrate de la Palabra y de la ministración que el Espíritu Santo trae a tu vida. Agárrate del único del cual nos debemos tomar, del bendito Señor, porque en él hay salvación para

nosotros, salvación para el matrimonio y salvación para los hijos.

Entonces, el nombre de Jacob fue cambiado. Así también, nuestro nombre es cambiado, cuando el Señor ministra a nuestro corazón; solo él ministra verdades más profundas sobre quiénes somos nosotros. Después de eso, renovaremos nuestra consagración al Señor.

Cuando Jacob volvió a la vida, él fue cambiado. ¿Quieren ver el primer cambio? Esaú vino hacia él, y ambos se reconciliaron. Cuando Esaú le dijo: «Ven conmigo», Jacob respondió: «No, yo seguiré al paso del rebaño. Tengo una mujer e hijos, y ellos ya no seguirán mi ritmo; yo iré al ritmo de ellos».

Presten atención a esto. En el hogar, somos una cadena de varios eslabones: el marido, la esposa y los hijos. Y esta cadena soporta lo que soporta el eslabón más débil. Por eso, en la vida familiar, caminamos al paso del más frágil. Si tenemos un hijo con problemas, disminuimos el ritmo y atendemos aquella situación.

¡Bendita es la Palabra! ¡Cuánta provisión podemos tomar de ella! Amados hermanos, pidan, busquen y llamen, por el Espíritu. Somos dependientes de él. Si lo tenemos a él, no necesitamos nada más. Dios les bendiga. Amén.

En defensa del Jonás histórico

La odisea de Jonás tiene fundamentos fuertes para ser considerada una historia real y no un mito.

Ricardo Bravo M.

La narración bíblica acerca de Jonás y el “gran pez” que lo traga es una de las historias más complejas y difíciles de aceptar desde el punto de vista de la teología liberal, e inaceptable para personas con visión naturalista.

Efectivamente, la historia tiene elementos que la hacen poco creíble desde un punto de vista natural: ¿Cómo puede sobrevivir una persona tres días en el vientre de un pez? ¿Cómo se puede adorar a Dios y al mismo tiempo escribir un salmo estando dentro del vientre de un animal marino?

Otro argumento recurrente apunta a que una ballena o cachalote (animales lo suficientemente grandes para albergar a una persona en su interior) son mamíferos, no peces, por lo que la historia bíblica literal no sería aceptable.

Estos y otros argumentos similares serán revisados en este artículo, desde una perspectiva naturalista, pero también desde una perspectiva sobrenatural, porque la historia contiene situaciones excepcionales descritas de forma explícita.

Por ejemplo, la Escritura afirma que es Dios quien genera la tempestad en el mar y quien la termina (1:4; 1:15) y es él quien «tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás» (1:17). Por tanto estas complejas variables están sujetas a control sobrenatural desde el principio de la historia.

Cuando se producen excepciones en ciencia, con hechos que están más allá del ámbito de su competencia, puede tratarse de fenómenos que se deben a una acción sobrenatural, que es lo que la teología reconoce como milagros. No obstante, estos suelen ser eliminados por secretaría en el

ámbito naturalista, por no ser factibles de probar empíricamente.

Pero los milagros deben ser creídos y no sometidos a pruebas empíricas, si se reconoce la autoridad de la Escritura y el accionar de un Dios Todopoderoso.

Si no se observa este principio, entonces se establece un peligroso precedente que anula la interpretación adecuada de la Escritura, dejando sin sentido innumerables pasajes bíblicos donde se evidencia la acción sobrenatural de un Dios Omnipotente (el diluvio, la confusión de lenguas en Babel, el embarazo de la anciana Sara, las plagas de Egipto, la separación de las aguas del Mar Rojo, la provisión de maná del cielo, y de agua en el desierto para una multitud de personas, la multiplicación de panes y peces descrita en los evangelios, la conversión excepcional de Pablo, y hasta la propia encarnación y posterior resurrección de Cristo).

La odisea de Jonás tiene fundamentos fuertes para ser considerada una historia real y no un mito, en primer lugar porque la ratificó el propio Señor Jesucristo en los evangelios (Mat. 12:40), y porque el historiador secular Flavio Josefo reitera la historia de Jonás como un hecho real, entregando muchos detalles en su libro *Las Antigüedades de los Judíos*¹, en el capítulo 10, párrafos 1 y 2.

En segundo lugar, la historicidad de Jonás tiene un respaldo importante, teniendo en cuenta el propio estilo literario del libro que lleva su nombre, con descripciones de épocas y personas reales, en un contexto cultural, económico y geográfico real². Estos antecedentes revelan que se trata de un libro histórico, y no de una figura inventada. Adicionalmente, Jonás fue efectivamente un personaje histórico, el cual es mencionado en 2 Reyes 14:25, durante el reinado de Jeroboam II.

Contexto geográfico y cultural y su consecuencia con el relato bíblico

La historia de Jonás se desarrolla en el Mar Mediterráneo, en los años 793 a 753 a. C., de acuerdo a la cronología bíblica.

Se inicia con Jonás huyendo del mandato divino, para así evitar entregar un mensaje de parte de Dios a los habitantes de Nínive, una ciudad ubicada en Asiria, al interior de Asia menor. Se embarca en el puerto de Jope, una ciudad ubicada en la costa del Mediterráneo, a unos 56 km al noroeste de Jerusalén, y que hoy correspondería a la ciudad de Jaffa. Jope es uno de los puertos más antiguos del mundo, el cual todavía funciona con embarcaciones pesqueras menores.

Respecto a Nínive (hoy equivale aproximadamente a la ciudad de Mosul en Irak), se sabe que se ubicaba al Este de Israel, y que Jonás estaba intentando alejarse lo más posible de esa ciudad, al abordar un barco y navegar en sentido opuesto, es decir, hacia el Oeste. Si Tarsis era un puerto específico, con seguridad habría estado ubicado en algún sitio a lo largo de la costa del Mar Mediterráneo, tal como lo sugieren varios textos del Antiguo Testamento (Salmo 48:7; Isaías 23:6; Ez. 27:25).

Los candidatos geográficos más probables para definir a la ciudad de Tarsis son Tartessos en el suroeste de España o Tarso en el sureste de Asia Menor. Sin embargo Tartessos cumpliría mejor los requisitos, por cuanto era el lugar más alejado y opuesto de Nínive (objetivo principal de Jonás), al cual se podía llegar navegando. Adicionalmente, una inscripción fenicia del siglo IX a.C. sugiere la posible presencia de Tarsis en lo que hoy es Andalucía en el suroeste de España, a orillas del Mar Mediterráneo, área donde se ubicaba Tartessos³.

Tartessos pudo además haber sido la Tarsis bíblica, debido al importante intercambio comercial con la ciudad fenicia de Tiro, ubicada en la misma ribera mediterránea que Jope². Un antecedente claro al respecto lo aporta el texto bíblico, donde señala

que el barco que transportaba a Jonás llevaba cierto tipo de «ense-res» que fueron arrojados por la borda para aliviarlo en medio de la tormenta (Jonás 5:1).

Según relatos de los antiguos griegos, Tartessos se caracterizaba por ser una nación (o región) muy rica, principalmente por su minería y comercio. Entre los minerales destacaban el oro, la plata y el estaño, siendo este último esencial para la fabricación del bronce. Estos materiales eran intercambiados por productos fenicios manufacturados, generando un importante intercambio cultural y religioso.

Tartessos era también rica en productos agrícolas tales como, cereales, aceitunas, y diversas frutas. Parte de este importante intercambio comercial marítimo entre ambos extremos del Mar Mediterráneo, es mencionado en Ezequiel 27:12. Las naves marítimas que hacían la travesía entre ambas puntas del Mediterráneo eran los denominados «barcos de Tarsis», unos buques marítimos de carga, designados así quizás por la ubicación geográfica desde donde salían, o por el cargamento metalúrgico que transportaban desde esa zona.

Al respecto, el historiador secular Maluquer² señala que: «el viaje de Jonás nos da la verdadera medida de la densidad del tráfico marítimo ha-

cia Tartessos (porque) cuando quiere huir, no precisa de grandes preparativos. Baja al puerto, toma pasaje en una nave que aparejaba para zarpar hacia Tartessos y se embarca. Nada más sencillo y simple». Este último relato confirma la lógica del escrito bíblico.

Se sabe que desde las costas de Israel (o del puerto fenicio de Tiro) hasta las de Tartessos (Tarsis) en la Península Ibérica, hay unos 4.000 kilómetros aproximadamente.

Una nave de gran tamaño, navegando a una velocidad de 5 nudos entre ambos puntos, demoraría unas tres semanas en cubrir esa distancia, si contaba con condiciones climáticas adecuadas.

¿Pez o ballena?

¿Puede considerarse errónea la descripción bíblica al decir que fue un «gran pez» el que se tragó a Jonás, cuando en realidad hubo de ser una ballena o cachalote, y estos enormes animales marinos no son peces sino mamíferos?

No, no estaría equivocada la Biblia si fue una ballena o cachalote u otro animal marino gigante que engulló a Jonás. La Biblia le nombra como un «gran pez», porque para la época de Noé, todos los grandes animales marinos (incluidos los cetáceos) eran

considerados peces, y esto fue así hasta mediados del siglo XVIII.

Luego, a partir de los estudios de clasificación taxonómica de Carolus Linneus (1735), se produce la separación taxonómica de los animales en bases a caracteres morfológicos y funcionales, y se separa a los peces de los cetáceos, porque estos últimos alimentan a sus crías con una secreción equivalente a la leche, dado lo cual se les considera de la Clase Mammalia (mamíferos).

Así todo, esta clasificación, como muchas otras en Zoología, es muy probablemente artificial, no natural, porque tiene implícita la teoría evolutiva darwiniana, la que hoy está científicamente cuestionada a nivel macroevolutivo.

Una situación similar de clasificación algo forzada ocurre con el murciélago. En la Biblia a estos animales se les cataloga como aves (Lev. 11:13, 19; Deut. 14:11, 12, 18); sin embargo, la Zoología lo clasifica taxonómicamente como mamífero (Orden Chiroptera).

Candidatos al "gran pez" del libro de Jonás

En Mateo 12:40 (Biblia de las Américas), se habla de un monstruo marino (ketos, traducido del griego original), es decir, un gran animal acuático capaz de tragarse a un hombre

completo. Hay al menos cuatro especies marinas de gran tamaño que suelen frecuentar el Mar Mediterráneo, y que califican como candidatos para el «gran pez». Estos son el cachalote, la yubarta o ballena jorobada, el rorcual común o ballena de aleta, y el gran tiburón blanco.

A dos de estas especies (Cachalote y tiburón blanco) se les nombra desde la antigüedad como habitantes del Mediterráneo, en relatos de marineros y por lo descrito por Aristóteles en el siglo IV a. C., en su obra *Historia Animalium*. Existe una quinta especie con un tamaño considerable para tragar a una persona, y que es habitante de mares cálidos como el Mediterráneo. Es el tiburón ballena. Sin embargo, en la actualidad no hay registros de la presencia de esta especie en el Mar Mediterráneo.

El cachalote (*Physeter macrocephalus*) es un enorme animal marino, clasificado como mamífero (Orden Cetácea). Un macho puede crecer hasta 20 metros de largo. Los cachalotes, a diferencia de las ballenas tienen dientes, pero no mastican a sus presas cuando las ingieren, sino que solo las succionan y tragan. Dentro de las presas se encuentra el calamar gigante, de hasta 250 kg de peso, y de unos 20 metros de largo⁴.

El cachalote es un buen candidato para ser el «gran pez» que tragó a

Jonás porque es un habitante frecuente del Mar Mediterráneo, y también debido a la morfología y fisiología de su múltiple estómago, si se supone que Jonás sobrevive a su paso por el vientre del animal marino. Es sabido que el estómago de las ballenas y los cachalotes está compuesto de varias cámaras (3 o 4), en donde la primera cámara es un saco dilatado, que continúa después del esófago, y no tiene glándulas digestivas ni ácido clorhídrico, en donde las presas experimentarían una especie de molienda en esta zona⁷.

En los cachalotes, el primer estómago es bastante grande, y perfectamente puede recibir el cuerpo de una persona, y aún contar con amplitud de espacio. Al haber un control sobrenatural en todo este proceso, no habría ocurrido la presión de molienda en esta primera parte del estómago, porque ello habría significado la muerte segura de Jonás. Esto puede haber formado parte de las consecuencias de que Dios «preparase o dispusiese» de un «gran pez».

Otro candidato a ser «el gran pez» de la historia de Jonás es la yubarta o ballena jorobada (*Megaptera novaeangliae*). Es uno de los rorcuales más grandes, donde los adultos logran una longitud de hasta 16 m. La yubarta se distribuye en todos los océanos, incluyendo el Mar Medite-

rráneo⁵. Se alimentan principalmente de krill y peces pequeños. La yubarta es también una candidata adecuada por los argumentos expuestos en la descripción del cachalote, si se sigue la hipótesis que Jonás no muere dentro del vientre del animal que lo engulle.

Finalmente, el rorcual común o ballena de aleta (*Balaenoptera physalus*), es una especie de cetáceo misticeto (con barbas y sin dientes), también con presencia en el Mar Mediterráneo. En tamaño, este animal es el segundo más grande existente en el planeta, solo superado por el rorcual azul, o ballena azul. Puede alcanzar una longitud de 27 metros. Esta ballena también reúne las condiciones para ser el «gran pez» que engulle a Jonás.

El gran tiburón blanco como candidato a ser el «gran pez» no sería muy probable si se sigue la hipótesis que Jonás permaneció vivo en su interior. La probabilidad de que el tiburón mastique el cuerpo al momento de ingerirlo es alta, además de que los poderosos jugos gástricos presentes en su estómago juegan en contra de una sobrevivencia en el vientre de este violento depredador marino.

Si se sigue la hipótesis de que Jonás muere al ser ingerido, y luego resucita al ser vomitado por el «gran pez», pudiese ser plausible. El gran tiburón

blanco es efectivamente un visitante del Mar Mediterráneo, y existen ejemplares de gran tamaño en esta especie (hasta 6 metros de longitud).

Control sobrenatural sobre la situación

La Biblia dice que Dios «tenía preparado un gran pez que tragase a Jonás». Sin duda que esta sentencia cambia completamente el escenario de la lógica humana y del naturalismo, por cuanto todos los cálculos zoológicos, fisiológicos y de sentido común y natural, quedan supeditados al control sobrenatural que Dios estableció sobre la compleja situación vivida por Jonás, al ser engullido directamente sin ser masticado, ni verse afectado por los jugos gástricos, ni tampoco molido por las poderosas contracciones musculares del estómago de un animal marino de esas proporciones (lo anterior bajo la hipótesis que Jonás estuvo vivo todo el tiempo en el vientre del pez).

Probablemente Dios le pudo haber adecuado cierto estado fisiológico de alimentación por algunos días al animal marino, como por ejemplo, el que suspendiese su ingesta alimentaria y digestión, luego de ingerir a Jonás. También la «preparación del pez» pudo significar que Jonás quedase en la primera parte (primera cámara) del estómago del animal

que lo tragó, sin pasar a la segunda cámara, que es la zona donde se liberan los jugos gástricos (si es que fue una ballena o cachalote). También hubo control sobrenatural al final de su relación con el «gran pez», por cuanto el texto bíblico señala que Dios le ordenó al pez que vomitase a Jonás en tierra firme (2:10).

Algunos críticos escépticos argumentan que sería absurdo que Dios le ordenase a un animal que hiciese algo, por cuanto no entendería el idioma ni sus códigos. Pero evidentemente que aquí no se trata de una orden verbal, sino en la forma y código que el animal pueda entenderle, a aquel que fue ni más ni menos que su propio Creador. Hubo además control sobrenatural en el inicio y fin de la tormenta, que estuvo a punto de hacer zozobrar la nave con los marineros que navegaban con Jonás.

¿Sobrevivió Jonás en el vientre del "gran pez", o murió para luego ser resucitado?

Hay al menos tres hipótesis.

1. *Jonás sobrevivió en un estado casi normal.* Había suficiente oxígeno para que Jonás respirase en el enorme tracto digestivo del animal, y además no habría sido afectado por los jugos gástricos porque habría quedado en la primera cámara del estómago del «gran pez». De todas formas

Esta compleja historia estuvo siempre bajo el control de Dios y por tanto caben situaciones sobrenaturales o milagrosas.

esta hipótesis requiere de intervención sobrenatural, dada la necesidad de que esta parte del estómago no hubiese realizado la acción de molienda que hace habitualmente.

2. *Jonás sobrevivió pero casi muerto.* Jonás pudo haber padecido un cierto tipo de catalepsia, debido, por ejemplo, a un estado agudo de histeria, la que habría dejado sus funciones biológicas al mínimo y por tanto no requería de mucho oxígeno, ni de agua. En este estado puede encontrarse consciente o inconsciente.

3. *Jonás realmente murió en el vientre del «gran pez»,* y luego fue resucitado por Dios, como ocurrió con otros personajes bíblicos. Esta hipótesis se ve respaldada en parte por la oración que hace Jonás donde dice que clama desde el Seol (Jonás 2:2) Sin embargo, en algunos salmos se usa también esta expresión de clamar desde el Seol, o estar en el Seol, en forma metafórica, sin que se esté realmente muerto, solo para dar a

entender un estado de ánimo angustioso.

Pero un argumento fuerte respecto a que Jonás pudo haber muerto y resucitado radica en la comparación que hace el Señor de sí mismo con Jonás respecto a su muerte y resurrección, la cual se ajustaría mucho más si Jonás muere y al tercer día resucita. Esto correspondería a «*la señal del profeta Jonás*» (Lc. 11:29-30). Jonás pudo haber estado muerto en el vientre del pez, y luego haber resucitado al tercer día, así como Cristo también estuvo muerto y resucitó en el mismo periodo de tiempo.

Nuevamente es necesario recordar que esta compleja historia estuvo siempre bajo el control de Dios y por tanto caben situaciones sobrenaturales o milagrosas.

Para un cristiano esto no debiese ser problema, si se parte de la premisa que Dios es Omnipotente. Lo extraño sería que Él no pudiese elegir y preparar un pez grande para que tragase y mantuviese a Jonás, y luego recuperarlo, habiendo estado medio muerto o realmente muerto.

Jesús, en Mateo 12:39-40, da a conocer que esta fuerte experiencia vivida por Jonás habría sido traumática para él. Fue como haber estado muerto para luego volver a la vida (la señal del profeta Jonás). Si Jonás realmente murió algunos minutos u ho-

ras después de haber estado en el vientre del pez, habría tenido el tiempo necesario para orar pidiendo perdón y restauración, en medio de la oscuridad total, de la humedad, de la fetidez y sensación de ahogo por la falta de oxígeno en el estómago del gran animal marino, a partir de lo cual escribe después y da a conocer algunos de estos detalles (Capítulo 2).

El mayor problema de Jonás dentro del "gran pez", la necesidad de respirar

El mayor problema de Jonás en el vientre del «gran pez» debió ser la escasa presencia de oxígeno para respirar.

Las ballenas del Suborden Mysticeti (con barbas en vez de dientes para filtrar el alimento), respiran a través de dos orificios nasales (espiráculos), ubicados en la zona superior de la cabeza, en tanto los cachalotes (Suborden Odontoceti, cetáceos con dientes) respiran por un solo orificio nasal.

No obstante, el estómago está aislado de las vías respiratorias en estos dos grupos de animales, por lo que no llega oxígeno al tubo digestivo por esta vía.

Sin embargo, estos enormes animales ingresan un importante volumen de aire a sus múltiples estómagos

cuando sacan la cabeza fuera del agua para tragar sus presas.

Este factor pudo estar presente al momento en que el «gran pez» tragaba a Jonás, y aportar con cierta cantidad de aire, al menos para las primeras horas.

Respecto a la presencia de aire en el estómago de tiburones es más difícil que se dé, por cuanto estos no suben a superficie frecuentemente a tragar presas y con ello tragar también aire, como si lo hacen con frecuencia las ballenas.

Algunas dificultades adicionales

Las algas

Una expresión del versículo 2:5, ha generado ciertas dudas en algunos teólogos comentaristas («*El alga se enredó a mi cabeza*»), debido a que el contexto pareciera indicar que Jonás se encontraba en el estómago del animal marino. Sin embargo, ni ballenas ni cachalotes, ni menos tiburones comen algas grandes (macroalgas).

Dado el estilo poético de esta parte del Libro, pudiese ser entendido como una metáfora usada por Jonás para describir las condiciones del fondo marino que le habrían rodeado, pero también pudiese ser que la instancia en que las algas se le enredaban en su cabeza haya sido real, antes de ser engullido por el «gran

pez», lo cual si tendría sentido dado que las tormentas arrancan enormes zonas de bosques de macroalgas, con sus discos de sujeción incluidos. Jonás pudo en su relato haber mezclado instancias vividas dentro y fuera del gran animal marino.

Otras expresiones del mismo versículo 2:3, que reseña la oración de Jonás, tales como: «*...y me rodeó la corriente, todas tus ondas y tus olas pasaron sobre mí*», claramente están referidas al ambiente marino externo. Lo mismo podría colegirse con la expresión relativa a las algas sobre su cabeza.

Los tres días dentro del "gran pez" es demasiado tiempo

Si se consideran tres días completos, se tiene un total de 72 horas. Sin embargo, pudiese ser menos de la mitad de este tiempo, y aún considerarse tres días debido a que los judíos contaban parte de un día o parte de la noche como un día entero.

Si Jonás fue tragado por el «gran pez» una o dos horas antes de la medianoche del primer día, luego estuvo todo el día siguiente (segundo día), y en la mañana del tercer día el animal marino lo vomita en algún punto de la costa, el tiempo total que habría estado Jonás dentro del «gran pez» (en este escenario hipotético) habría sido solo de unas treinta horas.

Escribiendo dentro del vientre del "gran pez"

Algunos comentaristas liberales señalan que este libro no sería de Jonás, dado que no es verosímil que una persona tragada por un pez se dedique a componer poesía en esas condiciones. Pero esta crítica nace de quien no entiende las costumbres literarias de los autores bíblicos de la antigüedad.

El estilo literario utilizado hace parecer como si Jonás compone este Salmo dentro del vientre del pez, pero lo más probable es que lo haya hecho sano y salvo, tiempo después, reviviendo aquellos dramáticos momentos en que se hundía bajo las olas, medio ahogándose, porque aunque supiese nadar, los últimos minutos de la tormenta le habrían impedido nadar bien, para luego ser tragado por un monstruo marino.

Existen otras situaciones en la Biblia en que se usa este mismo estilo literario. Por ejemplo, en el Evangelio de Lucas capítulo 1, cuando el ángel aparece a María y ella responde cantando el Magnificat. No es lógico pensar que ella compuso ese hermoso escrito de forma inmediata.

Relatos acerca de "otros casos similares al de Jonás"

Un primer caso trata de un hombre llamado Marshall Jenkins, quien ha-

bría sido tragado vivo por un cachalote en 1771, logrando sobrevivir, en tanto que otro incidente similar se refiere a la odisea que habría vivido en 1891 el marinero James Bartley⁶.

Bartley habría sido tragado por un cachalote, que él mismo y otros compañeros de la tripulación ballenera habían arponeado minutos antes. El animal marino habría sido capturado algunas horas más tarde, y luego de abrir al cachalote para eviscerarlo, el marinero Bartley habría sido encontrado vivo, pero inconsciente, en el estómago del animal. Luego de algunas semanas se habría recuperado.

Este último caso habría sido publicado el 22 de noviembre de 1896 por el diario *New York Times*. Sin embargo, en 1990, el historiador Edward Davis, del Messiah College de Grant-ham, Pensilvania, publicó un artículo donde expone su investigación sobre el hecho, y descubrió que el navío en el que viajaba Bartley, el *Star of the East*, no habría sido un ballenero, y revisando las ediciones de la época del *New York Times*, tampoco encontró relato alguno sobre este incidente. Además, en el barco investigado por Davis, no habría existido nadie llamado James Bartley⁶.

Al no disponer estos últimos relatos de evidencias que surjan de fuentes primarias, no resultan fiables, y no

debiesen ser consideradas. Sin embargo, ambas leyendas han sido utilizadas por muchos años en escritos apologeticos, lo cual es lamentable.

La historia de Jonás tiene variados elementos probatorios fuertes y válidos, que la hacen totalmente confiable, sin necesidad de tener que recurrir a fábulas artificiosas. Si se es cristiano, la historia de Jonás no necesita de réplicas o casos similares para aceptar su veracidad, principalmente porque la corrobora el propio Señor Jesucristo.

Efectivamente, el caso de Jonás tal vez nunca podría llegar a repetirse en similares condiciones, porque hay variables sobrenaturales que subyacen en esta historia, como lo es la «preparación del gran pez» por par-

te de Dios para tragar, mantener y finalmente vomitar a Jonás en la costa.

BIBLIOGRAFÍA

1. Maier P. 1994. Josefo. Las obras esenciales. Editorial Portavoz (Pág. 171 y 172).
2. Maluquer J. M. 1989. Tartessos, la ciudad sin historia. Tercera edición. Ediciones Destino, Barcelona. Pág. 59 a 79.
3. Abad L. 1979. Consideraciones en torno a Tartessos y los orígenes de la cultura ibérica. Archivo Español de Arqueología, 52.
4. Sierra A. y Á. González. 2009. El calamar gigante. Editorial: CSIC y Catarata. ISBN: 978-84-8319-466-9. 120 Páginas.
5. Bellido. J.J.; *et al.* 2006. primera cita de una yubarta *Megaptera novaeangliae*, (Borowski, 1781) en el litoral español del Mar de Alborán. Galemys 18 (1-2)
6. Davis E. 1991. A Whale of a Tale: Fundamentalist Fish Stories. Perspectives on Science and Christian Faith, 43:224-237.
7. Berta A., J. Sumich and K. Kovacs. 2006. Marine Mammals, 2nd Edition: Evolutionary Biology. Elsevier.

Oro, plata y piedras preciosas

Un misionero en África escribió: «He vivido cuatro años al interior de África. Treinta veces fui víctima de la fiebre. Fui atacado por leones, emboscado por nativos; comí cualquier cosa, desde hormigas a rinocerontes. Pero con gusto lo haría de nuevo, por la alegría de enseñar a las personas a conocer al Salvador que dio su vida por causa de ellas».

El gran misionero David Livingstone afirmó: «Las personas hablan del sacrificio que he hecho pasando tanto tiempo de mi vida en África. ¿Es este un sacrificio que trae mucha paz al corazón y a la mente, y es una brillante esperanza de un glorioso destino en el futuro? Fuera con tal pensamiento. Digo, por el contrario, es un privilegio. Ansiedad, enfermedad, sufrimientos y peligros pueden llevar al espíritu a vacilar, pero eso es solo transitorio. Todo ello no es nada, comparado a la gloria que será revelada en el futuro. Nosotros no debemos hablar de sacrificio, cuando recordamos el gran sacrificio que él hizo al dejar la casa de su Padre en las alturas, y darse a sí mismo por nosotros».

À Maturidade

Cartas de nuestros lectores

Fuente del Señor

Cuán bendecido he sido al encontrar esta fuente del Señor. Me bastó con ver una edición especial sobre el tema específico de la Iglesia, y fue un gozo interior que no puedo describir. Por lo que veo, ustedes han avanzado en el Señor varios pasos más. En su página percibo no solo la bendición de hermanos como Cristian Chen y Stephen Kaung, sino también de muchos otros que están caminando en estas verdades de Dios.

Byron Mansilla Rodríguez (Guatemala).

Como un faro

La revista ha sido de tanta bendición para mi vida, como un faro que alumbra con claridad para entender las Escrituras. Gracias por tan grande revelación. Que la bendición continúe y Dios les guíe en la edificación del cuerpo de Cristo.

Yosbany Ávila (Cuba).

Visión del cielo

Su revista es una joya de enseñanza para mi familia e iglesia. Cada tema ha tocado profundamente mi corazón, en especial cuando se enseña de nuestro amigo el Espíritu Santo. Sin él, no es posible una iglesia gloriosa y victoriosa. Sigán con esa visión que viene del cielo. Los cubanos

tenemos poca literatura; aun la Biblia se nos hace difícil tenerla, pero nos sentimos contentos por tener su revista. Muchas gracias, hermanos.

William López Pérez (Cuba).

Bendecir y edificar

Sus escritos han sido de mucha bendición para mi vida, para mi familia y ministerio. Tienen a disposición muchos recursos dados por el Señor, los cuales he compartido y han tenido el efecto de bendecir y edificar vidas en Cristo, ya que entiendo que el fin último es que el Señor los use para edificar su iglesia.

Andrés Felipe Vera (Chile).

Ríos de agua viva

Agradezco a nuestro Señor la bendición de contactarles por este medio y expresar mi gratitud a todos ustedes; también por su especial servicio a favor de la edificación del cuerpo de Cristo. Son verdaderos ríos de agua viva que fluyen en medio del desierto espiritual de nuestro tiempo. Siendo un vivo deseo de compartir con otros que no tienen esta oportunidad, todo lo que he recibido a través de este medio. El Señor ha ido añadiendo muchas cosas más cada día, y alabamos su nombre por eso.

Alexis Safont (Cuba).

Toda bendición procede de Dios; por tanto, toda la gloria es para Dios.

AGUAS VIVAS

Para la proclamación del Evangelio y la edificación del Cuerpo de Cristo

N° 81 - Enero - Febrero - Marzo 2016.

REDACCION: Rodrigo Abarca, Roberto Sáez, Marcelo Díaz, Gonzalo Sepúlveda, Álvaro Astete.

DISEÑO: Mario Contreras.